

Amado Nervo

“El sexto sentido” y otras historias extraordinarias

Selección y presentación
Gustavo Jiménez Aguirre



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

MÉXICO, 2015

DIRECTORA DE LA COLECCIÓN: Lilian Álvarez Arellano

Nervo, Amado, 1870-1919.

“El sexto sentido” y otras historias extraordinarias / selección y presentación de Gustavo Jiménez Aguirre. – México : UNAM, Instituto de Investigaciones Filológicas, Dirección General de Publicaciones y Fomento Editorial, 2015.

98 pp. ; 15 x 19 cm

ISBN 978-607-02-6745-1

1. Cuentos mexicanos. 2. Literatura fantástica mexicana.

LC PQ7276

Dewey 863.4

Primera edición: 2015

Fecha de término de edición: 5 de junio de 2015

D. R. © 2015, Universidad Nacional Autónoma de México

Instituto de Investigaciones Filológicas

Circuito Mario de la Cueva s. n.

Ciudad de la Investigación en Humanidades,

Ciudad Universitaria, C. P. 04510, México, D. F.

www.iifilologicas.unam.mx

Dirección General de Publicaciones y Fomento Editorial

Av. del IMÁN núm. 5, C. P. 04510, México, D. F.

www.libros.unam.mx

ISBN 978-607-02-6745-1

Prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio sin la autorización escrita del titular de los derechos patrimoniales.

Esta edición y sus características son propiedad de la Universidad Nacional Autónoma de México.

Impreso y hecho en México.

Presentación

LAS HISTORIAS de Amado Nervo que vas a leer después de estas breves páginas te llevarán a mundos desconocidos. Sin duda, puedes saltar a ellas, pero si prefieres seguir adelante entenderás por qué su autor creó un personaje que toma fotografías de espíritus en la ciudad de México a finales del siglo XIX, mientras otros libran “La última guerra” de la humanidad en las faldas del Ajusco y un tercero se somete a cierta cirugía cerebral para ver el futuro. Cuando después te encuentres deslumbrado en la ciudad de la lluvia luminosa o estremecido por la batalla final entre los primeros animales humanizados y los últimos hombres del planeta, comprenderás que la poderosa nave de tu imaginación, impulsada por la fantasía y las palabras de Nervo, descendió en el universo de la literatura fantástica o maravillosa, como la llamaba este poeta, uno de los más populares de México por varias décadas. Para saber que es un narrador con nuevos lectores, nos asomaremos a su biografía, una historia de luces y sombras tan extraordinaria como cualquiera de las siete que integran esta antología.

Hoy Amado Nervo es mucho menos leído que cuando falleció de manera imprevista en mayo de 1919. Tenía 49 y una legión de lectoras y lectores en México, Hispanoamérica y España. Pensando en ese público, a partir de 1920 Alfonso

Reyes reunió las primeras *Obras completas* de Nervo. En total se publicaron 29 tomos en Madrid. Posteriores ediciones mexicanas recuperaron su amplia y dispersa producción periodística. Sobre aquella agotadora labor, en el texto autobiográfico que acompaña las historias de este libro afirma: “Era preciso vivir en un país donde casi nadie leía libros, y la única forma de difusión estaba constituida por el periódico”. Pese al empeño de sus editores póstumos, el prestigio de Nervo decayó entre las siguientes generaciones literarias, pero su nombre y parte de su obra se preservaron en la cultura popular y de masas. Con pasajes de su vida y algunos títulos de poemas se rodaron películas en Argentina y México. En una de ellas Jorge Negrete cantó “Gratia plena”. Carlos Gardel vendió millones de copias de *El día que me quieras*, tango escrito con versos del mismo título de Nervo. En la radio y en discos de vinilo, su poesía era declamada y se reeditaba en antologías y libros escolares.

Misterios de la paternidad literaria: no es extraño que las obras escapen a las intenciones y afanes de editores y críticos, incluso a la voluntad de sus autores. Nervo es un caso singular, tal vez el de un fantasma o un cadáver con algo de “carnita para resucitar”, como se rumoraba irónicamente en 1999, cuando ya era un hecho que sus crónicas, cuentos y novelas cortas encontraban nuevos lectores e incluso espacios de divulgación como el fanzine. En unos cuantos años su narrativa empezó a circular en internet. Hoy podemos leer

en línea cuentos, novelas, crónicas, artículos, ensayos y, desde luego, poemas de Nervo.

En contraste con el interés editorial y crítico por su narrativa, la poesía no ha despertado el mismo entusiasmo. Hay quien la encuentra “cursi” o “pasada de moda”, tal vez por el desgaste de su enorme popularidad, o por el cambio radical en la manera de escribir poemas a partir de la década de 1920. Sorprende que el propio Nervo estuviera consciente de cómo se transformaría la percepción de la literatura de su tiempo. En los dimes y diretes de una polémica por el nombre y el sentido del término “Modernismo”, con el que tantos escritores fueron etiquetados en América y España, Nervo admitió en 1907: “dentro de veinte años, nuevos poetas, más sutilizados, tanto cuanto lo estarán las almas, los nervios y los sentidos de nuestros hijos, dirán y cantarán cosas junto a las cuales nuestros pobres ‘modernismos’ de ahora resultarán ingenua senectud”. ¿Qué entendía Nervo por “modernismo”? La respuesta merece algo de contexto.

Con frecuentes discusiones en España e Hispanoamérica, durante las dos últimas décadas del siglo XIX y las dos primeras del XX se desarrolló “una escuela, una tendencia, una modalidad literaria que se llama o a la que han dado en llamar ‘modernismo’”. Más irónico, en otros pasajes Nervo confirma su molestia por la incomprensión y la intolerancia de críticos y académicos: “Durante diez años [fui] agredido en mi país por una infinidad de señores [a quienes] el

progreso altera la digestión”. Es difícil asociar a este anti solemne polemista con las fotografías en pose de pensador o místico que se tomó en Madrid y que van de la mano con poemas como “En paz”. Una interpretación sugerente es la de Vicente Leñero: “La clásica fotografía de Amado Nervo lo muestra como un hombre consciente de su propia importancia”. Independientemente del significado que le demos a las imágenes con las que promovió su fama pública (algo entendía de mercadotecnia), Nervo estaba convencido de que el poeta, “el ser más representativo, por excelencia, de la humanidad”, cumplía una función social irremplazable: actualizar el lenguaje para (re)nombrar el mundo o conocer “las fuerzas misteriosas que el hombre lleva en su interior”.

10

Las conclusiones de “El modernismo” son categóricas:

Para decir las nuevas cosas que vemos y sentimos no teníamos vocablos; los hemos buscado en todos los diccionarios, los hemos tomado, cuando los había, y cuando no, los hemos creado [...] La humanidad pensaba y hablaba con locuciones rituales, con frases hechas, que le distribuían en cada generación los académicos.

Con este arquetipo del poeta y el comentario de los versos de Nervo que Borges leía y memorizaba en su juventud, el autor de *Ficciones* declaró en un homenaje de 1969: “Felizmente Amado Nervo buscó las palabras que no envejecen,

buscó, sobre todo en sus últimos libros, las palabras sencillas, las palabras que no parecen imágenes de las cosas, sino que forman, ya Platón lo sospechó, otro universo”.

En Nervo coexisten sin problema el poeta y el narrador. Como podrás confirmar, con frecuencia el prosista también usa “palabras sencillas” pero exactas, tanto para tratar asuntos aparentemente intrascendentes como para descubrir realidades ocultas del universo. Esta intención no es ajena a ciertos procedimientos de la poesía y se concreta a partir de *El donador de almas* (1899), su primera y muy lograda novela fantástica. En contraste, antes de llegar a la ciudad de México, el joven narrador registra y describe el entorno social de Zamora y Mazatlán, atento a las lecturas románticas y costumbristas de su educación eclesiástica. Por entonces creía que para concebir un cuento no era indispensable imaginar demasiado; bastaba con encontrar, aquí y allá, personajes dignos de un escritor naturalista.

A grandes rasgos, este narrador va del sentimentalismo y realismo a la exploración de formas y temas fantásticos en las novelas con tirajes voluminosos que publica en España y en los relatos versátiles que Reyes reúne en *Cuentos misteriosos* —algunos pueden considerarse auténticas minificciones (“El obstáculo” y “La serpiente que se muerde la cola”). Paulatinamente Nervo supo incorporar a su oficio tres ingredientes esenciales en crónicas, cuentos y novelas: humor + brevedad + misterio... Del primero, decía con frecuencia: “es la sal de

la vida y no conviene prescindir de ella”. Sobre el segundo, el narrador se convenció de contar historias para quienes iban de prisa y compraban alguna de sus novelas en los quioscos de Madrid. Casi al final de su vida declaró satisfecho: “Una novela mía se lee siempre en media hora, a lo sumo”. En efecto, sus once novelas son cortas y, con frecuencia, contienen algún misterio.

12

Testigo y actor de la primera globalización mundial que desemboca en la Gran Guerra de 1914, sobre la que escribe una serie de artículos periodísticos, Nervo afirma en “La literatura maravillosa”: “Hemos querido matar al misterio, pero el misterio cada día nos envuelve, nos satura, nos penetra más...” Expresión de la crisis en torno a la mentalidad positivista que dominó en el siglo XIX, esta propuesta sugiere acercarnos a la literatura fantástica como quien escucha a un narrador oral para que nos cuente una historia de misterio o de miedo. Confiado en las virtudes de la imaginación, Nervo escribe: “la buena nodriza que se llama la Novela maravillosa” podrá decirnos el futuro de la humanidad. ¿Acaso —como se narra en “La última guerra” mediante un fonotelerradiógrafo—, los animales se liberarán al fin del yugo del hombre y se enfrentarán ambas especies para dar paso a una nueva forma de dominio en la Tierra? Este relato de especulación futurista es complementario de las historias de experimentación científica “Los congelados” y “El sexto sentido”. Sobre todo en éste, el personaje se muestra dispuesto a experimentar

otras formas de conocimiento de la realidad, convencido de que “el pasado, el presente y el futuro, existen de una manera simultánea en el mismo plano, en la misma dimensión”. Para Nervo el ser humano es limitado pero en constante evolución. En “De la corrección que debemos observar en nuestra actitud para con los fantasmas”, el protagonista exclama: “La humanidad —ciertas clases sociales, en especial— se afina. Nuestros sentidos se aguzan. Hay ya resquicios entre la sombra, a través de los cuales adivinamos *la cuarta dimensión...*” En un artículo, así titulado en 1917, Nervo trató con amplitud este tema. Como otros contemporáneos creía que los poetas, esos seres privilegiados, eran los únicos que podían conocer o intuir esa realidad ajena a las almas comunes. Por eso en “El sexto sentido” propone la alternativa de una cirugía cerebral.

La relación de Nervo con las nodrizas, el misterio y lo maravilloso venía de tiempo atrás. En su infancia tuvo la suerte de escuchar historias que le pararon los pelos de punta. Las oyó en su natal Tepic, donde vivió hasta los catorce años. Para la sensibilidad del futuro poeta y narrador, las lecturas bíblicas, las ceremonias y los rituales de la fe católica fueron tan determinantes como las leyendas, los mitos populares y las hazañas de héroes y bandidos legendarios que saqueaban Tepic. Todo ojos y oídos —como él mismo gustaba recordarse en “El viejecito”—, el pequeño Nervo creció rodeado de murmullos espectrales. En boca de la gente del pueblo,

algunos se colaban a la vieja casona de la numerosa familia Nervo Ordaz: “Allá como por el 28 de diciembre, mi nana empezaba a contarnos de un viejecito, muy viejecito, que se estaba muriendo”. Otras aventuras ocurrían en el mismo caserón, poblado de amables fantasmas, por lo menos en la mente de una tía que asistió a la coronación de Agustín de Iturbide: “Esta mi tía muy amada soñó una noche que se le aparecía cierto caballero de fines del siglo XVIII [...] Saludola, con grave y gentil cortesía, y díjole que en un ángulo del salón había enterrado un tesoro: un gran cofre de áureas peluconas”. Por allá deben seguir enterradas aquellas monedas de oro, acuñadas por el monarca español Carlos IV, pues el escéptico padre de Amado se negó a echar abajo la casa para buscarlas, en contra de la voluntad y el desaliento de la abuela. Ella pretendía encontrar el tesoro con “Las varitas de virtud” que dan título a este relato. Con los años, Nervo acabó dándole la razón a su abuela porque comprendió que el mito tenía la capacidad de encubrir la envoltura luminosa, “un poco fantástica de la verdad”.

Al mezclar ficción y leyenda en relatos con evidente trasfondo biográfico, Nervo deja ver una precoz atracción por el misterio, modificada gradualmente por su educación religiosa en colegios michoacanos. “Como quiera que sea —concluye Alfonso Reyes— este vivir en continuo trato con espíritus y reencarnaciones, con el más allá, con lo invisible [...] aligera el alma y comunica a los hombres un aire de misterio”. Para

la heterodoxa espiritualidad de Nervo fueron determinantes lecturas y prácticas espiritistas, teosóficas, ocultistas e induístas que difunde con amenidad en crónicas, ensayos y relatos. En varios poemas el tratamiento fue solemne y didáctico, pero aun así le ganó nuevos lectores hacia el final de su vida.

La otra cara de esta personalidad múltiple es la del escéptico. Quizá porque en Nervo domina la duda es frecuente que aborde asuntos “trascendentes” con humor y parodia. Así escribe relatos amenos e incisivos, con personajes mordaces que atenúan la gravedad de los temas. En “Fotografía espírita” y “De la corrección que debemos observar en nuestra actitud para con los fantasmas”, la sonrisa y la sospecha nos hacen olvidar ese horror por la vida consciente que con crudeza desarrolla en relatos enigmáticos como “Ellos”. Tal vez porque para Nervo la realidad es compleja, heterodoxa y hasta algo risible hay varias maneras de abordarla en su narrativa. Ojalá que las historias extraordinarias que leerás enseguida te confirmen que, en efecto, su lectura te puede llevar a mundos desconocidos.

Esta antología reúne siete de las historias extraordinarias más apasionantes de Amado Nervo. Es un pequeño muestrario de los rasgos y temas de su narrativa fantástica. Contiene algunas de las formas breves que el autor frecuentó en la crónica, el cuento y la novela corta. La secuencia de los textos sigue ese orden genérico con el fin de aumentar el interés y la sensación placentera de una narrativa escrita gracias a un ejercicio de libertad creadora.

Fotografía espírita

LOS ESPÍRITUS tienen coqueterías de mujer; cosa que yo no hubiera creído si no me lo revelan ellos mismos, o mejor dicho, si no “revela” esas coqueterías un buen fotógrafo, artista macabro que fija en su cámara oscura fisonomías ultraterrestres.

Este digno hijo de Daguerre, seguro de que los espíritus, como los microbios, pululan en todas partes, se dijo: “Hay que atraparlos”, y los atrapa por un medio muy sencillo.

Va usted a retratarse, lo coloca a usted frente a la cámara, y le dice:

—Evoque usted a algún espíritu.

Y usted evoca a su madre (conste que esta frase no es un insulto).

—Reconcentre usted su imaginación —añade el fotógrafo— para que la imagen no se borre un punto. ¡A la una!, ¡a las dos!, ¡a las tres!

Ya está usted retratado con todo y madre.

A los tres o cuatro días va usted por sus retratos, los observa: la fisonomía de usted se destaca perfectamente y, aquí entra lo maravilloso; sobre la cabeza de usted, en el lienzo que sirve de fondo, hay unos trazos vagos esfumados casi, se advierte un rostro; lo considera usted bien y acaba por distinguir sus facciones.



—¿Son las de su madre?

—No —responde usted—, serán las de la suya.

—Las de la mía tampoco. Se trata de otro espíritu que andaba por ahí. Apenas tuvo tiempo de alisarse el pelo para no salir con la cabeza desgredada. Si hubiera tenido tiempo, de seguro se pone una flor en la cabeza y sonríe.

¿Evoca usted a su padre?

Pues resulta un caballero anciano con patillas luengas y ceño fruncido.

No es tampoco el papá de usted, es otro espíritu a quien atrapó el fotógrafo al pasar, en la cámara oscura.

En el lienzo del fondo de que he hablado, hay asimismo algunas manchas: éstos son los espíritus que usted evocó; andaban lejos, entretenidos, y no alcanzaron a salir, pero se adivina que son ellos; para eso sirven las intuiciones del cariño...

Paga usted un peso por cada retrato y se va tan contento a su casa, que si al fin y al cabo no salió su madre ni salió su padre, salieron otros y lo mismo da; ¿qué sabe usted si aquel anciano de patillas fue algún tío suyo, y si aquella buena señora que apenas se alcanzó a rizar el pelo, es su suegra, la suegra a quien tuvo usted la dicha de no conocer!

La fotografía, por lo demás, es mala; las figuras se destacan de un fondo oscuro con tonos amarillentos, pero hay que advertir que esos tonos se deben a la luz de los nimbos

que “usan” los espíritus. Y hay que perdonar los otros defectos. ¿Qué, quería usted salir bien, en fotografía bonita y con espíritus?

¡Vamos, no pida usted gollerías!

Mi hermanito en Allan Kardec no se preocupa mucho del arte; no es ésa su misión. Artista sobrenatural, se limita a atrapar espíritus. Hay que avisarles a éstos para que no los cojan en *déshabillé*.

De la corrección que debemos observar en nuestra actitud para con los fantasmas

LLEGAMOS —dijo el profesor de psiquismo al abrir la clase— a uno de los puntos más importantes de lo que pudiéramos llamar nuestro curso de misterio:

—¿Qué actitud debemos observar ante un fantasma?

Hace algún tiempo —siguió diciendo— las apariciones eran de tal suerte excepcionales, que no valía la pena pensar en ellas.

Las mujeres, ya se sabe, sufrían al verlas un ataque de nervios. Los hombres echaban a correr... a menos que tuviesen un valor a toda prueba.

“Tiene más valor que el que le habla a un muerto”, se decía.

Pero rarísima vez encontraban las mujeres esta ocasión de desmayarse y los hombres de huir. Los fantasmas venían poco a mezclarse a nuestra vida.

Las circunstancias, en los últimos años, han cambiado totalmente.

La humanidad —ciertas clases sociales, en especial— se afina. Nuestros sentidos se aguzan. Hay ya resquicios entre la sombra, a través de los cuales adivinamos la cuarta dimensión...

La eventualidad de topar con un fantasma puede ocurrir a todo el mundo. Conviene, por tanto, meditar nuestra actitud.

—Usted, Méndez —interrogó el profesor dirigiéndose a uno de los alumnos—, ¿qué haría si viese un fantasma?

—¡Echar a correr, señor!

—Haría usted muy mal, Méndez. Cometería usted una imperdonable falta de cortesía. ¿Pues qué (exclamó, animándose el profesor), si un caballero, si un hombre cualquiera pretendiese hablar a usted le volvería usted repentinamente la espalda?

—No, señor.

—Pues entonces ¿por qué adopta usted tal actitud con el fantasma, Méndez?

—Un fantasma no es un hombre, señor profesor.

—Un fantasma es más que un hombre, señor Méndez...

Pero continuó: cuando un fantasma se presenta, hay que considerar desde luego esto: que ha hecho un indecible esfuerzo a fin de materializarse; que tal esfuerzo obedece a un vivo deseo de pedir ayuda (o quizá de darla); que para lograr tal ayuda el fantasma busca un hombre civilizado...

Ahora bien, imagine usted que este hombre civilizado echa a correr... sin darse cuenta del esfuerzo enorme realizado por el fantasma con el único objeto de hablarle... ¡Qué decepción!, ¡qué tristeza para el aparecido!, ¡qué concepto se formará de usted, Méndez!

En Estados Unidos y en Inglaterra, en esos dos países que hemos convenido en llamar civilizados, nadie comete con un fantasma tamaña descortesía...

La buena crianza inglesa, sobre todo, procede en estos casos con finuras y delicadezas poco comunes.

Un inglés, favorecido por la aparición de un fantasma (sí, señor Méndez, no sonría usted: he dicho *favorecido* y he dicho la verdad; una aparición es siempre una distinción. Los fantasmas no se aparecen a cualquier *quidam*, a cualquier *Nobody of nowhere*, como diría el mismo inglés). Un inglés favorecido por la aparición de un fantasma —repito— se dirige a éste con gran comedimiento y le dice:

—¿Qué desea usted, *gentleman*?, ¿en qué puedo servirle?

Los fantasmas son muy sensibles a estas muestras de deferencia.

En general responden con exquisita finura; exponen brevemente sus necesidades, o bien sus deseos, y desaparecen. No le quitan el tiempo a nadie, porque comprenden su valor. En el otro lado de la muerte, señor Méndez, también el *time is money*, pero no vil moneda de 21 quilates o de diez dineros 20 granos, sino moneda de perfeccionamiento y de amor...

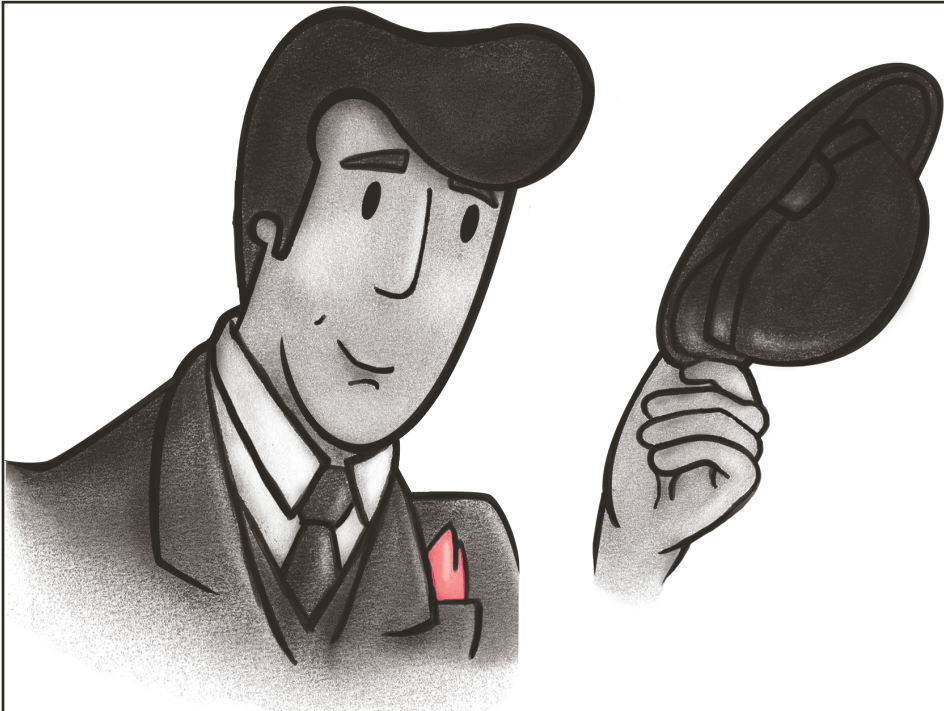
Suele suceder, sin embargo, prosiguió el profesor después de una pausa, que el esfuerzo del fantasma no le basta para reproducir la voz humana; más aún, que no es suficiente ni siquiera para que la materialización dure mientras se conversa, y en pleno diálogo o en plena aparición el espectro se

disuelve o desvanece. En este caso, señor Campomanes, ¿cuál debe ser nuestra actitud?

—Ninguna, señor profesor, puesto que el muerto se ha ido.

—El muerto no se ha ido, señor Campomanes: el muerto *está allí*, ¿entiende usted? Está allí. Sólo que ya no le vemos porque no pudo llevar adelante su esfuerzo de condensación de la materia. En este caso, debemos seguir dirigiéndonos al sitio desde donde se nos mostró y ofrecerle nuestros servicios. Podemos decirle, por ejemplo:

—Si ya no le es a usted dable materializarse, caballero (repito que son muy sensibles a las buenas palabras), recurra



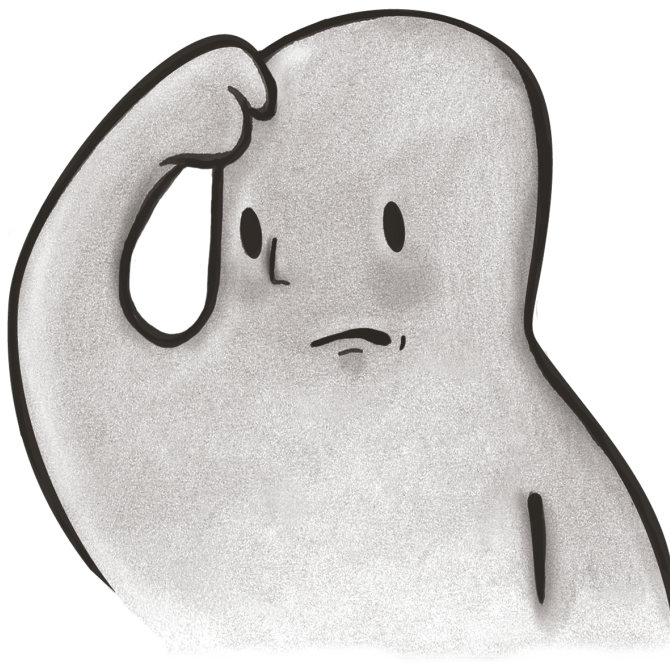
usted a mi mano: vea usted: cojo un lápiz, papel... Dícteme usted... Mueva usted mi diestra.

Si ni aun esto pudiere hacer el fantasma, ofrezcámosle nuestro futuro sueño.

—Esta noche, digámosle, cuando mi alma se desate de las ligaduras carnales, me pongo a la disposición de usted para que se sirva insinuarme lo que guste. Estoy por completo a sus órdenes.

He aquí, Méndez, he aquí, Campomanes, la actitud de todo hombre correcto, ante un fantasma: actitud por alto extremo meritoria.

El hecho de que la muerte nos vuelva invisible a un amigo, a un hermano, a un prójimo, no nos faculta para ser



bruscos, despectivos o ligeros. ¿Pues qué, un ciego, porque no nos ve, deja de saludarnos en cuanto se da cuenta de nuestra presencia? Y nosotros, amigos míos, Méndez, Campomanes, Cajiga... ¿qué somos sino unos pobres ciegos ante el Misterio?

Los muertos no son los ausentes, sino los invisibles, creo que dijo Víctor Hugo. Seamos, pues, corteses para con ellos. Los ciegos generalmente son corteses. ¡Seamos siquiera como los ciegos!

Y basta de clase por ahora, concluyó el profesor levantándose.

Nuestra próxima conferencia versará sobre la manera de distinguir a los fantasmas serios de los otros... porque, amigos míos: Cajiga, Campomanes, Méndez, hay fantasmas y fantasmas...

El país en que la lluvia era luminosa

DESPUÉS DE LENTAS JORNADAS a caballo por espacio de medio mes y por caminos desconocidos y veredas sesgas, llegamos al país de la lluvia luminosa.

La capital de este país, ignorado ahora, aunque en un tiempo fue escenario de claros hechos, era una ciudad gótica, de callejas retorcidas, llenas de sorpresas románticas, de recodos de misterio, de ángulos de piedra tallada, en que los siglos acumularon su pátina señorial, de venerables matices de acero.

Estaba la ciudad situada a la orilla de un mar poco frecuentado; de un mar cuyas aguas, infinitamente más fosforescentes que las del océano Pacífico, producían con su evaporación ese fenómeno de la lluvia luminosa.

Como es sabido, la fosforescencia de ciertas aguas se debe a bacterias que viven en la superficie de los mares, a animalículos microscópicos que poseen un gran poder fotogénico, semejante en sus propiedades al de los cocuyos, luciérnagas y gusanos de luz.*

* Justamente, un trabajo de vulgarización que tengo a la vista, aparecido en un *magazine* (después de escrito este cuento) y que se refiere a la luminosidad de ciertas faunas marinas, dice que al “noctiloco” miliario, animalículo luminoso, se debe en gran parte la fosforescencia de los mares. “Flota en la superficie de las aguas, en vastas extensiones, en las noches de

Estos microorganismos, en virtud de su pequeñez, cuando el agua se evapora ascienden con ella, sin dificultad alguna. Más aún: como sus colonias innumerables son superficiales, la evaporación las arrebató por miríadas, y después, cuando los vapores se condensan y viene la lluvia, en cada gota palpitan incontables animáculos, pródigos de luz, que producen el bello fenómeno a que se hace referencia.

A decir verdad, el mar a cuyas orillas se alzaba la ciudad término de mi viaje, no siempre había sido fosforescente. El fenómeno se remontaba a dos o tres generaciones. Provenía, si ello puede decirse, de la aclimatación, en sus aguas, de colonias fotogénicas (más bien propias de los mares tropicales), en virtud de causas térmicas debidas a una desviación del Gulf Stream, y a otras determinantes que los sabios, en su oportunidad, explicaron de sobra. Algunos ancianos del vecindario recordaban haber visto caer, en sus mocedades, la lluvia oscura y monótona de las ciudades del norte, madre del *spleen* y de la melancolía.

* * *

estío". Los noctílicos son a veces tan numerosos que el mar forma, merced a ellos, como una crema gelatinosa de varios milímetros de espesor. Un solo centímetro cúbico puede contener de 1 000 a 1 500 individuos.
Nota del autor.

Desde antes de llegar a la ciudad, al pardear la tarde de un soleado y esplendoroso día de julio, gruesas nubes, muy bajas, navegaban en la atmósfera torva y electrizada.

El guía, al observarlas, me dijo:

—Su merced va a tener la fortuna de que llueva esta noche. Y será un aguacero formidable.

Yo me regocijé en mi ánimo, ante la perspectiva de aquel diluvio de luz...

Los caballos, al aspirar el hálito de la tormenta, apresuraban el paso monorrítmico.

Cuando aún no transponíamos las puertas de la ciudad, el aguacero se desencadenó.

Y el espectáculo que vieron nuestros ojos fue tal, que refrenamos los corceles, y a riesgo de empaparnos como una esponja, nos detuvimos a contemplarlo.

Parecía como si el caserío hubiese sido envuelto de pronto en la terrible y luminosa nube del Sinaí...

Todo en contorno era luz, luz azulada que se desflecaba de las nubes en abalorios maravillosos; luz que chorreaba de los techos y era vomitada por las gárgolas, como pálido oro fundido; luz que, azotada por el viento, se estrellaba en enjambres de chispas contra los muros; luz que con ruido ensordecedor se despeñaba por las calles desiguales, formando arroyos de un zafiro o de un nácar trémulo y cambiante.

Parecía como si la luna llena se hubiese licuado y cayese a borbotones sobre la ciudad...

Pronto cesó el aguacero y transpusimos las puertas. La atmósfera iba serenándose.

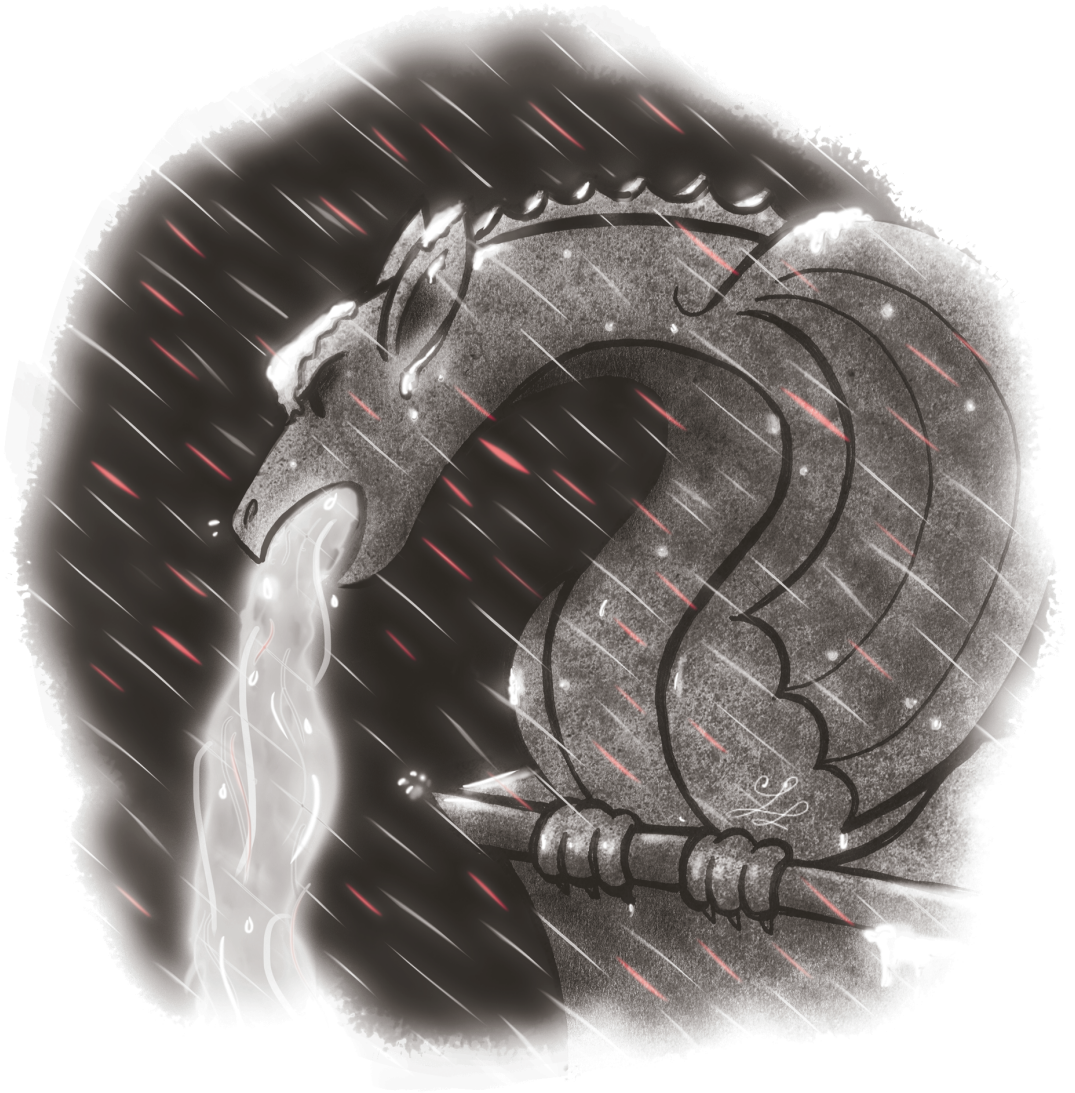
A los chorros centelleantes había sustituido una llovizna diamantina de un efecto prodigioso.

A poco cesó también ésta y aparecieron las estrellas, y entonces el espectáculo fue más sorprendente aún: estrellas arriba, estrellas abajo, estrellas por todas partes.

De las mil gárgolas de la catedral caían todavía tenues hilos lechosos. En los encajes seculares de las torres brillaban prendidas millares de gotas temblonas, como si los gnomos hubiesen enjoyado la selva de piedra. En los plintos, en los capiteles, en las estatuas posadas sobre las columnas; en las cornisas, en el calado de las ojivas, en todas las salientes de los edificios, anidaban glóbulos de luz mate. Los monstruos medievales, acurrucados en actitudes grotescas, parecían llover lágrimas estelares.

Y por las calles inclinadas y retorcidas, como un dragón de ópalo fundido, la linfa brillante huía desenfundada, saltando aquí en cascadas de llamas lívidas, bifurcándose allá, formando acullá remansos aperlados en que se copiaban las eminentes siluetas de los edificios, como en espejos de metal antiguo...

Los habitantes de la ciudad (las mujeres, sobre todo), que empezaban a transitar por las aceras de viejas baldosas ahora brillantes, llevaban los cabellos enjoyados por la lluvia cintiladora.



Y un fulgor misterioso, una claridad suave y enigmática se desparramaba por todas partes.

Parecía como si millares de luciérnagas caídas del cielo batiesen sus alas impalpables.

Absorto por el espectáculo nunca soñado llegué sin darme cuenta, y precedido siempre de mi guía, al albergue principal de la ciudad.

En la gran puerta, un hostelero obeso y cordial me veía sonriendo y avanzó complaciente para ayudarme a descender de mi cabalgadura, a tiempo que una doncella rubia y luminosa, como todo lo que la rodeaba, me decía desde el ferrado balcón que coronaba la fachada:

—Bienvenida sea su merced a la ciudad de la lluvia luminosa.

Y su voz era más armoniosa que el oro cuando choca con el cristal.

Ellos

A don Justo Sierra

TODOS LOS DÍAS pasan frente a mi ventana dos terneras.
Van al matadero, llevadas por sendos rapaces.

Tienen aún ese gracioso aturdimiento de las bestias jóvenes; se repegan la una a la otra, saltan, miran a todas partes con sus grandes y apacibles ojos glaucos y curiosos.

Llegarán a su destino; les ligarán las piernas, y con una gran maza, les darán un certero y terrible golpe en el testuz.

Luego... la nada.

Pero ellas no lo saben, y un minuto, un segundo antes de recibir ese golpe definitivo, su embrionario espíritu tranquilo se asomará a sus ojos para bañarse en luz, ajeno a toda inquietud.

¡Van a morir, pero no lo saben!

No lo saben, he aquí el celeste y misericordioso secreto.

No lo saben, en tanto que nosotros vivimos acosados sin piedad por el fantasma de la muerte.

Todas las noches, al acostarnos, nos preguntamos:

“¿Será hoy? ¿Me levantaré aún de este lecho?”

Y por la mañana, al despertar, exclamamos con un suspiro:

“¡Un día más!”

En cuanto la enfermedad ase con su garra acerada nuestras entrañas y nos enciende en fiebre, murmuramos con inquietud:

“¿Será esta dolencia la última?”

Y en la convalecencia, al invadirnos la suave y tibia oleada de vida nueva, pensamos:

“Todavía...”

¡Oh terrible, oh espantoso privilegio de la vida consciente!

¿Qué hemos hecho para merecerlo?

* * *

34

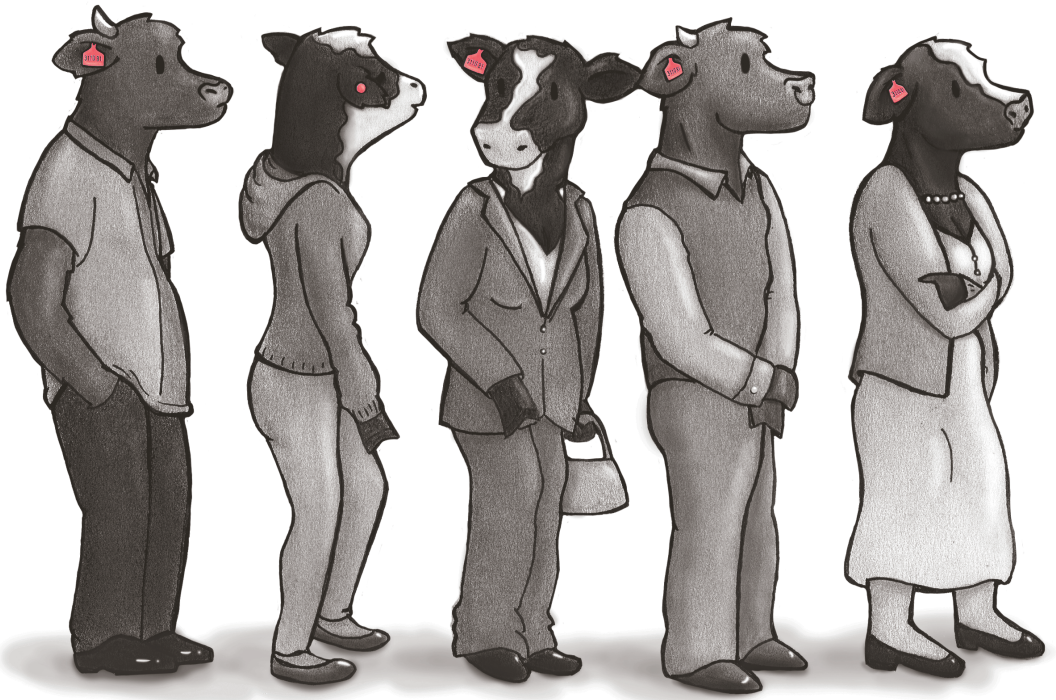
Todos: ese que canta, aquel que baila, el otro que atesora, el de más allá que ama, el de más acá que se envanece, todos, estamos condenados a muerte... ¡Y lo sabemos!

Pero he ahí a las dos terneras que pasan: sus padres no las han engendrado sino para el matadero. Su vida ha sido breve como una mañana.

La especie a que pertenecen, al obedecer al poderoso instinto de perpetuarse, que es el más grande instinto de su alma colectiva, no hace sino dar al hombre individuos para que se los coma.

Todo su esfuerzo de siglos viene a parar en chuletas, solomillos y puchero.

La especie no vence, no ha vencido en los milenarios los obstáculos que se han opuesto a su vida, sino para que nos la engullamos.



* * *

—¿Y quién te dice —exclama Alguien dentro de mí, cierto Alguien que gusta mucho de discutir conmigo—, quién te dice que a la humanidad no se la comen también como a los bueyes, a las vacas y a las terneras?... Vamos a ver: ¿quién te asegura a ti que no se la comen!

—¡iii...!!!

—Sólo que tampoco ella lo sabe.

—¡iii...!!!

—¡Sí! Ya adivino lo que vas a preguntarme: ¿quiénes se la comen: no es eso?

—¡iii...!!!

—Pues se la comen unos seres diáfanos, y, por lo tanto, invisibles para nosotros los hombres; unos seres translúcidos, que viven en el aire, que han nacido en el aire, cuyo mundo es la vasta capa atmosférica que recubre el globo. Unos seres más viejos que vosotros, más perfectos, más sabios, más duraderos; que realizarán un día, que empiezan a realizar ya, el tipo definitivo de la humanidad. ¿Has leído *El Horla* de Maupassant? Pues algo por el estilo.

—Bueno, ¿pero y la muerte?

36

—La muerte es una apariencia, tal como vosotros la concebís. No hay enfermedades; cuando creéis que enfermáis, es que Ellos empiezan a comeros, o bien que os preparan, que os adoban, que os maceran, para el diario festín. Hecho esto, os matan, a menos que no estéis aún a punto, en cuyo caso os dejarán para más tarde: ¡entonces sanaréis!

* * *

—Una vez muertos, Ellos van convirtiendo vuestro cuerpo en sustancias asimilables para sus organismos casi inmateriales. Lo disgregan sabiamente, hasta que os aspiran, como si dijéramos, en forma de emanaciones. Vosotros, estúpidos, pensáis que os pudrís en vuestro ataúd, hasta quedaros en huesos, hasta desvaneceros en polvo... ¡Mentira!

”¿Es que Ellos os van comiendo poco a poco!

”No son los gusanos lo que os devoran. La carne que no es profanada por las moscas que en ella depositan sus gérmenes no cría gusanos. Y, sin embargo, ¡se descompone, se pudre, se acaba!

”¿A dónde ha ido?

”‘Ha restituido todos y cada uno de sus elementos al gran laboratorio de la naturaleza’, dicen los sabios pedantes.

”¡Mentira! Ha ido a nutrir los organismos esos, misteriosos, del aire, en la forma idónea para que ellos se la asimilen”.

—¡iii...!!!

—¡La vejez no existe! Es otra engañifa, otra apariencia. Son Ellos quienes os van poniendo así.

”Se trata de una simple preparación culinaria... de un *civet*; a algunos de esos seres, les gustáis frescos; otros, más *gourmets*, os prefieren añejos... ¡como el queso!”

—¡iii...!!!

—¡Claro! ¡No me lo crees! ¡Cómo habías de creérmelo! Necesitarías un esfuerzo mental superior a tus aptitudes. Tu pobre y ridículo sentido común se subleva...

”¡Tampoco la ternera cree que nos la comemos! Si pudiéramos decírselo, movería burlona la cabeza. El golpe de maza, en su oscuro cerebro, de asumir alguna forma, sería la de una enfermedad fulminante, de una especie de ataque apopléjico; no de otra suerte que vosotros llamáis muerte repentina, proveniente de la aorta, del aneurisma, de la conges-

tión, a lo que no es, en suma, ¡sino el golpe de maza que os asestan Ellos en este matadero de la vida!”

—¡¡¡...!!!

—Sí, repito que ya sé que no puedes creerme. Ni falta que me hace. Un día de estos te comerán a ti como a los otros, y en paz...

Los congelados

EXCLAMÓ el joven sabio:
—¡La vida! ¡Y qué sabemos nosotros de lo que es la vida, amigo mío!... ¿Usted ha visto, sin duda, funcionar esos populares aparatos que se llaman ventiladores, y que se mueven en un perenne vértigo, refrescando el ambiente caliginoso de los cafés? ¡Quién no los conoce! Trátase de dos simples hélices cruzadas, que por medio de un sencillo mecanismo giran, agitando el aire. Para ponerlas en movimiento, basta meter la clavija (que está al cabo de un flexible metálico envuelto en hilo de algodón) en el enchufe. El fluido corre a través del flexible, y el aparato se echa a girar. Quitara usted la clavija; cesa el fluido de comunicar movimiento a la pequeña máquina; las hélices se paran... y el aparato es como un cuerpo sin vida. Si lo dejamos allí indefinidamente, acabará por orinecerse. Después, será inútil comunicarle nuevo fluido. Pero mientras esto no suceda, cuantas veces se produzca el contacto de la clavija y el enchufe, el pequeño organismo funcionará...

”Pues bien, amigo mío, la vida no es ya para la ciencia más que algo semejante a ese fluido eléctrico, es decir, una de las fuerzas constantes de la naturaleza. Por causas casi siempre conocidas, el fluido, la bienhechora corriente vital se suspende, y se para la máquina. Pero es posible, dentro de

los modernos conocimientos, aplicarle de nuevo la corriente y hacerla moverse otra vez... Sólo que hasta hoy era preciso intentar luego la resurrección, en vista de que el cuerpo humano se descompone con más rapidez que la máquina de que hablamos, y una vez descompuesto es imposible todo tanteo. Felizmente, los últimos experimentos de Raoul Pictet, mi maestro muy querido, con el cual trabajo ahora aquí mismo, abren posibilidades sin límites a este respecto.

40

”¿Quizá habrá leído usted los milagros que mi maestro ha podido realizar con los peces? Imagínese usted una pecera que, por determinados procedimientos, se va paulatinamente helando, primero, a cero grados; después a temperaturas de 20° y aun 30°. A los primeros síntomas de frío los peces suspenden todo movimiento. ¡Luego, quedan presos en el hielo y acaban por morir!

”A esas temperaturas de 20° y 30°, el pez no es ya más que un bibelot cristalizado, que se quiebra con suma facilidad, pudiéndose reducirlo con los dedos a pequeños fragmentos...

”Pero, y aquí empieza lo maravilloso, después de un tiempo indefinido, durante el cual naturalmente se ha tenido la precaución de conservar la bajísima temperatura de la pecera, se deja a ésta paulatinamente licuarse; el agua, con suma lentitud, va desheliándose; vuelven los peces a flotar en ella y de pronto empiezan a moverse y a nadar como si tal cosa, agitando sus aletas con el elegante ritmo habitual...”

El joven sabio hizo una pausa, durante la cual buscaba en mi fisonomía el efecto de sus palabras.

—Pues bien —prosiguió después de algunos segundos—; ¿qué diría usted si yo le asegurase que, tras muchos ensayos (con ranas, que soportan temperaturas de 28°; con escolopendras, que la soportan de 50°; con caracoles, que las sufren hasta de 120°), qué diría usted si yo le asegurase haber logrado con mamíferos, con cuadrumanos de gran talla... con el complicado cuerpo del hombre por fin, lo que mi maestro Pictet obtuvo con los peces?

—¡Imposible!

—Se ha logrado, sí señor, y —añadió, acercándose a mi oído— en un subterráneo especial al que puedo conducir a usted cuando guste, yacen congelados en ataúdes diáfanos, que se hallan a temperaturas terriblemente bajas, varios hombres, sí señor, varios hombres que por su voluntad han querido dormir, dormir mucho tiempo, meses, años... para poner un paréntesis de hielo y de dulce y sosegada inconsciencia entre su dolorosa vida de ayer y la vida de mañana (que esperan superior a ésta), en una sociedad más sabia.

”Claro que han pagado muy caro tal paréntesis; pero como se trata de ricos... Al cabo de cierto tiempo, el procedimiento se abaratará, y entonces, hasta los más pobres podrán sustraerse cuanto tiempo quieran a su calvario cotidiano. A la vejez y a la muerte.

”Entre estos congelados de ahora hay dos o tres que están allí por pura curiosidad, porque imaginan que, cuando despierten, se encontrarán en un mundo mejor... Para mí creo que se equivocan, pero, en fin, allá ellos; y uno de los dormidos, el más peregrino de todos, ha pagado por veinte años de inconsciencia. ¿A que no sabe usted para qué? Pues para dar tiempo de que crezca una niña que ahora tiene dos años, y con la cual ha jurado casarse...”

—Debe ser un yanqui...

—Ha acertado usted. Es de Denver (Colorado). De tal manera que les ha cristalizado a todos el frío, que si les tocásemos podríamos quebrarles en no sé cuántos pedazos, como a los peces de marra; arrancarles una mano o un pie como si fuesen muñecos de azúcar candi...

42

”Llegado el momento en que, según convenio particular con cada uno, hay que deshelarlos, se les aplica idéntico procedimiento al de los peces, y una vez que el agua ya licuada adquiere la temperatura conveniente, cátales dispuestos a vivir tonificados, alegres, como si saliesen de un baño... Debo advertir a usted, sin embargo, que los hombres no se mueven así como así, nada más porque se les licue y caliente el agua; hay que hacerles en seguida la respiración artificial, como a los faquires que desentierran en la India al cabo de algunos días de catalepsia provocada. Pero merced a las tracciones rítmicas de la lengua, a los movimientos del pecho, de los brazos y demás, algunos minutos después de licuarse



el agua, ya andan nuestros sujetos por allí, vistiéndose, para asomarse de nuevo a la vida, de la que quisieron escapar por determinado tiempo.

”¿Quiere usted ver las urnas con sus respectivos congelados? Pues con venir mañana temprano a mi laboratorio, yo se los mostraré, a través de un cristal, naturalmente, porque el sitio en que se hallan mantiénesse a una temperatura tal, que se congelaría usted a su vez en dos minutos...”

¿Qué misterio solapadamente agresivo había en la sonrisa del doctor al decir esto? No lo sé; pero es lo cierto que, aunque le prometí volver al día siguiente, no me atreví a acudir a la cita... Quizás temí una superchería, una soflama; quizá algo peor: que me metiese a mí en una “pecera” de aquellas, y me mantuviese allí congelado durante algunos años... Estos experimentadores son terribles... ¡Yo tengo mujer, joven y bonita, de la cual aún no me desilusiono del todo; hijos, dinero, buen estómago... No me va mal en este mundo, y pienso dejar para los penosos días futuros el procedimiento de la congelación!

La última guerra



TRES HABÍAN SIDO las grandes revoluciones de que se tenía noticia: la que pudiéramos llamar revolución cristiana, que en modo tal modificó la sociedad y la vida en todo el haz del planeta; la Revolución francesa, que, eminentemente justiciera, vino, a cercén de guillotina, a igualar derechos y cabezas, y la revolución socialista, la más reciente de todas, aunque remontaba al año 2030 de la era cristiana. Inútil sería insistir sobre el horror y la unanimidad de esta última revolución, que conmovió la tierra hasta en sus cimientos y que de una manera tan radical reformó ideas, condiciones, costumbres, partiendo en dos el tiempo, de suerte que en adelante ya no pudo decirse sino: “Antes de la revolución social”; “Después de la revolución social”. Sólo haremos notar que hasta la propia fisonomía de la especie, merced a esta gran conmoción, se modificó en cierto modo. Cuéntase, en efecto, que antes de la revolución había, sobre todo en los últimos años que la precedieron, ciertos signos muy visibles que distinguían físicamente a las clases llamadas entonces privilegiadas, de los proletarios, a saber: las manos de los individuos de las primeras, sobre todo de las mujeres, tenían dedos afilados, largos, de una delicadeza superior al pétalo de

un jasmín, en tanto que las manos de los proletarios, fuera de su notable aspereza o del espesor exagerado de sus dedos, solían tener seis de éstos en la diestra, encontrándose el sexto (un poco rudimentario a decir verdad y más bien formado por una callosidad semiarticulada) entre el pulgar y el índice, generalmente. Otras muchas marcas delataban, a lo que se cuenta, la diferencia de las clases, y mucho temeríamos fatigar la paciencia del oyente enumerándolas. Sólo diremos que los gremios de conductores de vehículos y locomóviles de cualquier género, tales como aeroplanos, aeronaves, aerociclos, automóviles, expresos magnéticos, directísimos transetereolunares, etc., cuya característica en el trabajo era la perpetua inmovilidad de piernas, habían llegado a la atrofia absoluta de éstas, al grado de que, terminadas sus tareas, se dirigían a sus domicilios en pequeños carros eléctricos, especiales, usando de ellos para cualquier traslación personal. La revolución social vino empero a cambiar de tal suerte la condición humana, que todas estas características fueron desapareciendo en el transcurso de los siglos, y en el año 3 502 de la nueva era (o sea 5 532 de la era cristiana), no quedaba ni un vestigio de tal desigualdad dolorosa entre los miembros de la humanidad.

La revolución social se maduró, no hay niño de escuela que no lo sepa, con la anticipación de muchos siglos. En realidad la Revolución francesa la preparó; fue el segundo eslabón de la cadena de progresos y de libertades que empezó con

la revolución cristiana; pero hasta el siglo XIX de la vieja era no empezó a definirse el movimiento unánime de los hombres hacia la igualdad. El año de la era cristiana 1950 murió el último rey, un rey del Extremo Oriente, visto como una positiva curiosidad por las gentes de aquel tiempo. Europa, que, según la predicción de un gran capitán (a decir verdad, considerado hoy por muchos historiadores como un personaje mítico), en los comienzos del siglo XX (d. J. C.) “tendría que ser republicana o cosaca”, se convirtió, en efecto, en el año de 1916, en los “Estados Unidos de Europa”, federación creada a imagen y semejanza de los Estados Unidos de América (cuyo recuerdo en los anales de la humanidad ha sido tan brillante, y que en aquel entonces ejercían en los destinos del Viejo Continente una influencia omnímoda).

47

II

Pero no divaguemos: ya hemos usado más de tres cilindros de fonotelerradiógrafo en pensar estas reminiscencias, y no llegamos aún al punto capital de nuestra narración.

Como decíamos al principio, tres habían sido las grandes revoluciones de que se tenía noticia; pero, después de ellas, la humanidad, acostumbrada a una paz y a una estabilidad incommovibles, así en el terreno científico, merced a lo definitivo de los principios conquistados, como en el terreno social,

gracias a la maravillosa sabiduría de las leyes y a la alta moralidad de las costumbres, había perdido hasta la noción de lo que era vigilancia y cautela, y a pesar de su aprendizaje de sangre, tan largo, no sospechaba los terribles acontecimientos que estaban a punto de producirse.

La ignorancia del inmenso complot que se fraguaba en todas partes se explica, por lo demás, perfectamente, por varias razones: en primer lugar, el lenguaje hablado por los animales, lenguaje primitivo, pero pintoresco y bello, era conocido de muy pocos hombres, y esto se comprende; los seres vivientes estaban divididos entonces en dos únicas porciones: los hombres, la clase superior, la *élite*, como si dijéramos, del planeta, iguales todos en derechos y casi, casi en intelectualidad, y los animales, humanidad inferior que iba progresando muy lentamente a través de los milenarios, pero que se encontraba en aquel entonces, por lo que ve a los mamíferos, sobre todo, en ciertas condiciones de perfectibilidad relativa muy apreciables. Ahora bien: la *élite*, el hombre, hubiera juzgado indecoroso para su dignidad aprender cualquiera de los dialectos animales llamados “inferiores”.

En segundo lugar, la separación entre ambas porciones de la humanidad era completa, pues aun cuando cada familia de hombres alojaba en su habitación propia a dos o tres animales que ejecutaban todos los servicios, hasta los más pesados, como los de la cocina (preparación química de pastillas y de jugos para inyecciones), el aseo de la casa, el cultivo

de la tierra, etc., no era común tratar con ellos, sino para darles órdenes en el idioma patricio, o sea el del hombre, que todos ellos aprendían.

En tercer lugar, la dulzura del yugo a que se les tenía sujetos, la holgura relativa de sus recreos, les daba tiempo de conspirar tranquilamente, sobre todo en sus centros de reunión, los días de descanso, centros a los que era raro que concurriese hombre alguno.

III

¿Cuáles fueron las causas determinantes de esta cuarta revolución, la última (así lo espero) de las que han ensangrentado el planeta? En tesis general, las mismas que ocasionaron la revolución social, las mismas que han ocasionado, puede decirse, todas las revoluciones: viejas hambres, viejos odios hereditarios, la tendencia a la igualdad de prerrogativas y de derechos, y la aspiración a lo mejor, latente en el alma de todos los seres...

Los animales no podían quejarse por cierto: el hombre era para ellos paternal, mucho más paternal de lo que lo fueron para el proletario los grandes señores después de la Revolución francesa. Obligábalos a desempeñar tareas relativamente rudas, es cierto; porque él, por lo excelente de su naturaleza, se dedicaba de preferencia a la contemplación; mas

un intercambio noble, y aun magnánimo, recompensaba estos trabajos con relativas comodidades y placeres. Empero, por una parte el odio atávico de que hablamos, acumulado en tantos siglos de malos tratamientos, y por otra el anhelo, quizá justo ya, de reposo y de mando, determinaban aquella lucha que iba a hacer época en los anales del mundo.

Para que los que oyen esta historia puedan darse una cuenta más exacta y más gráfica, si vale la palabra, de los hechos que precedieron a la revolución, a la rebelión debiéramos decir, de los animales contra el hombre, vamos a hacerles asistir a una de tantas asambleas secretas que se convocaban para definir el programa de la tremenda pugna, asamblea efectuada en México, uno de los grandes focos directores y que, cumpliendo la profecía de un viejo sabio del siglo XIX, llamado Eliseo Reclus, se había convertido, por su posición geográfica en la medianía de América y entre los dos grandes océanos, en el centro del mundo.

50

Había en la falda del Ajusco, adonde llegaban los últimos barrios de la ciudad, un gimnasio para mamíferos, en el que éstos se reunían los días de fiesta, y casi pegado al gimnasio un gran salón de conciertos, muy frecuentado por los mismos. En este salón, de condiciones acústicas perfectas y de amplitud considerable, se efectuó el domingo 3 de agosto de 5532 (de la nueva era) la asamblea en cuestión.

Presidía *Equus Robertis*, un caballo, muy hermoso por cierto, y el primer orador designado era un propagandista cé-

lebre en aquel entonces, Can Canis, perro de una inteligencia notable, aunque muy exaltado. Debo advertir que en todas partes del mundo repercutiría, como si dijéramos, el discurso en cuestión, merced a emisores especiales que registraban toda vibración y la transmitían sólo a aquellos que tenían los receptores correspondientes, utilizando ciertas corrientes magnéticas; aparatos estos ya hoy en desuso por poco prácticos.

Cuando Can Canis se puso en pie para dirigir la palabra al auditorio, oyéronse por todas partes rumores de aprobación.

IV

51

“Mis queridos hermanos —empezó Can Canis:

”La hora de nuestra definitiva liberación está próxima. A un signo nuestro, centenares de millares de hermanos se levantarán como una sola masa y caerán sobre los hombres, sobre los tiranos, con la rapidez de una centella. El hombre desaparecerá del haz del planeta, y hasta su huella se desvanecerá con él. Entonces seremos nosotros dueños de la tierra, volveremos a serlo, mejor dicho, pues que primero que nadie lo fuimos, en el albor de los milenarios, antes de que el antropoide apareciese en las florestas vírgenes y de que su aullido de terror repercutiese en las cavernas ancestrales. ¡Ah!, todos llevamos en los glóbulos de nuestra sangre el recuerdo orgá-

nico, si la frase se me permite, de aquellos tiempos benditos en que fuimos los reyes del mundo. Entonces, el sol, enmarañado aún de llamas a la simple vista, enorme y tórrido, calentaba la tierra con amor en toda su superficie, y de los bosques, de los mares, de los barrancos, de los collados, se exhalaba un vaho espeso y tibio que convidaba a la pereza y a la beatitud. El mar divino fraguaba y desbarataba aún sus archipiélagos inconsistentes, tejidos de algas y de madréporas; la cordillera lejana humeaba por las mil bocas de sus volcanes, y en las noches una zona ardiente, de un rojo vivo, le prestaba una gloria extraña y temerosa. La luna, todavía joven y lozana, estremecida por el continuo bombardeo de sus cráteres, aparecía enorme y roja en el espacio, y a su luz misteriosa surgía formidable de su caverna el león saepelius, el uro erguía su testa poderosa entre las breñas, y el mastodonte contemplaba el perfil de las montañas que, según la expresión de un poeta árabe, le fingían la silueta de un abuelo gigantesco. Los saurios volantes de las primeras épocas, los iguanodontes de breves cabezas y cuerpos colosales, los megateriums torpes y lentos, no sentían turbado su reposo más que por el rumor sonoro del mar genésico que fraguaba en sus entrañas el porvenir del mundo.

”¡Cuán felices fueron nuestros padres en el nido caliente y piadoso de la tierra de entonces, envuelta en la suave cabellera de esmeralda de sus vegetaciones inmensas, como una virgen que sale del baño!... ¡Cuán felices!... A sus rugidos, a

sus gritos inarticulados respondían sólo los ecos de las montañas... Pero un día vieron aparecer con curiosidad, entre las mil variedades de cuadrumanos que poblaban los bosques y los llenaban con sus chillidos desapacibles, una especie de monos rubios que, más frecuentemente que los otros, se enderezaban y mantenían en posición vertical, cuyo vello era menos áspero, cuyas mandíbulas eran menos toscas, cuyos movimientos eran más suaves, más cadenciosos, más ondulantes, y en cuyos ojos grandes y rizados ardía una chispa extraña y enigmática que nuestros padres no habían visto en otros ojos en la tierra. Aquellos monos eran débiles y miserables... ¡Cuán fácil hubiera sido para nuestros abuelos gigantes exterminarlos para siempre!... Y de hecho, ¡cuántas veces, cuando la horda dormía en medio de la noche, protegida por el claror parpadeante de sus hogueras, una manada de mastodontes, espantada por algún cataclismo, rompía la débil valla de lumbré y pasaba de largo triturando huesos y aplastando vidas; o bien una turba de felinos que acechaba la extinción de las hogueras, una vez que su fuego custodio desaparecía, entraba al campamento y se ofrecía un festín de suculencia memorable... A pesar de tales catástrofes, aquellos cuadrumanos, aquellas bestezuelas frágiles, de ojos misteriosos, que sabían encender el fuego, se multiplicaban; y un día, día nefasto para nosotros, a un macho de la horda se le ocurrió, para defenderse, echar mano de una rama de árbol, como hacían los gorilas, y aguzarla con una piedra, como los

gorilas nunca soñaron hacerlo. Desde aquel día nuestro destino quedó fijado en la existencia: el hombre había inventado la máquina, y aquella estaca puntiaguda fue su cetro, el cetro de rey que le daba la naturaleza...

”¿A qué recordar nuestros largos milenarios de esclavitud, de dolor y de muerte?... El hombre, no contento con destinarnos a las más rudas faenas, recompensadas con malos tratamientos, hacía de muchos de nosotros su manjar habitual, nos condenaba a la vivisección y a martirios análogos, y las hecatombes seguían a las hecatombes sin una protesta, sin un movimiento de piedad... La naturaleza, empero, nos reservaba para más altos destinos que el de ser comidos a perpetuidad por nuestros tiranos. El progreso, que es la condición de todo lo que alienta, no nos exceptuaba de su ley, y a través de los siglos, algo divino que había en nuestros espíritus rudimentarios, un germen luminoso de intelectualidad, de humanidad futura, que a veces fulguraba dulcemente en los ojos de mi abuelo el perro, a quien un sabio llamaba en el siglo XVIII (d. J. C.) ‘un candidato a la humanidad’, en las pupilas del caballo, del elefante o del mono, se iba desarrollando en los senos más íntimos de nuestro ser, hasta que, pasados siglos y siglos, floreció en indecibles manifestaciones de vida cerebral... El idioma surgió monosilábico, rudo, tímido, imperfecto, de nuestros labios; el pensamiento se abrió como una celeste flor en nuestras cabezas, y un día pudo decirse que había ya nuevos dioses sobre la tierra; por segunda vez

en el curso de los tiempos el Creador pronunció un ‘fiat’, *et homo factus fuit*.

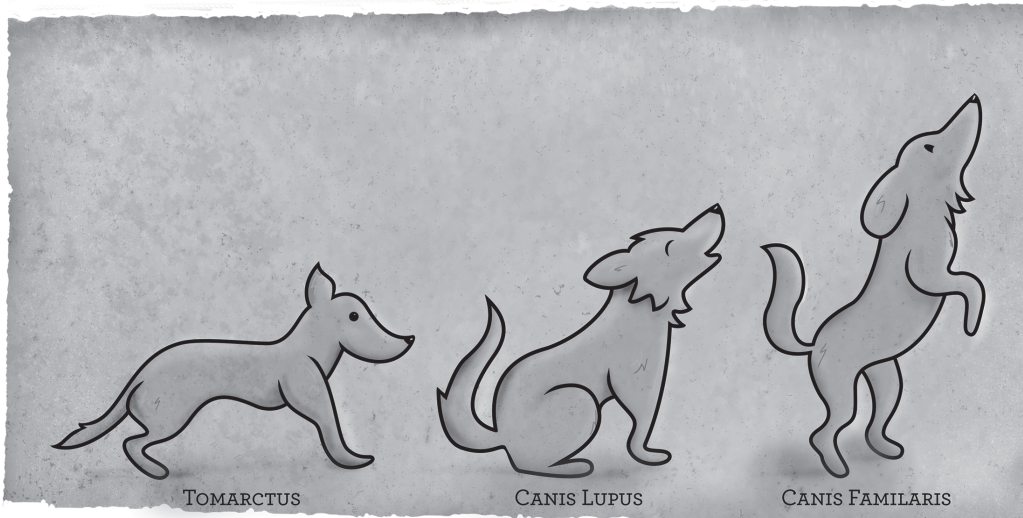
”No vieron ellos con buenos ojos este paulatino surgimiento de humanidad; mas hubieron de aceptar los hechos consumados, y no pudiendo extinguirla, optaron por utilizarla... Nuestra esclavitud continuó, pues, y ha continuado bajo otra forma: ya no se nos come, se nos trata con aparente dulzura y consideración, se nos abriga, se nos aloja, se nos llama a participar, en una palabra, de todas las ventajas de la vida social; pero el hombre continúa siendo nuestro tutor, nos mide escrupulosamente nuestros derechos..., y deja para nosotros la parte más ruda y penosa de todas las labores de la vida. No somos libres, no somos amos, y queremos ser amos y libres... Por eso nos reunimos aquí hace mucho tiempo, por eso pensamos y maquinamos hace muchos siglos nuestra emancipación, y por eso muy pronto la última revolución del planeta, el grito de rebelión de los animales contra el hombre, estallará, llenando de pavor el universo y definiendo la igualdad de todos los mamíferos que pueblan la tierra...”

Así habló Can Canis, y éste fue, según todas las probabilidades, el último discurso pronunciado antes de la espantosa conflagración que relatamos.

V

56

El mundo, he dicho, había olvidado ya su historia de dolor y de muerte; sus armamentos se orinecían en los museos, se encontraba en la época luminosa de la serenidad y de la paz; pero aquella guerra que duró diez años como el sitio de Troya, aquella guerra que no había tenido ni semejante ni paralelo por lo espantosa, aquella guerra en la que se emplearon máquinas terribles, comparadas con las cuales los proyectiles eléctricos, las granadas henchidas de gases, los espantosos efectos del *radium* utilizado de mil maneras para dar muerte, las corrientes formidables de aire, los dardos inyectoros de microbios, los choques telepáticos... todos los factores de combate, en fin, de que la humanidad se servía en los antiguos tiempos, eran risibles juegos de niños; aquella gue-



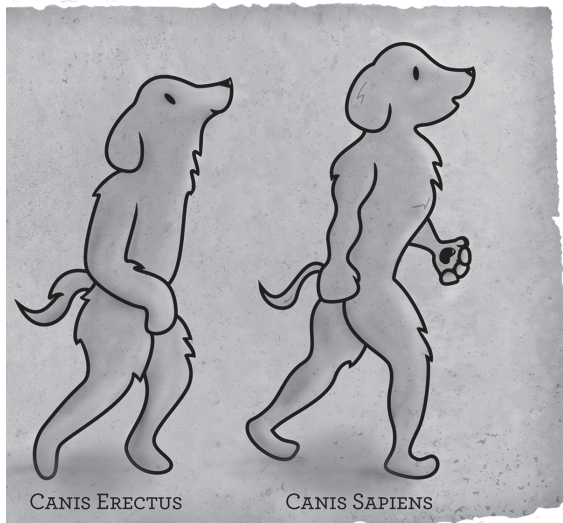
rra, decimos, constituyó un inopinado, nuevo, inenarrable aprendizaje de sangre...

Los hombres, a pesar de su astucia, fuimos sorprendidos en todos los ámbitos del orbe, y el movimiento de los agresores tuvo un carácter tan unánime, tan certero, tan hábil, tan formidable, que no hubo en ningún espíritu siquiera la posibilidad de prevenirlo...

Los animales manejaban las máquinas de todos géneros que proveían a las necesidades de los elegidos; la química era para ellos eminentemente familiar, pues que a diario utilizaban sus secretos; ellos poseían además y vigilaban todos los almacenes de provisiones, ellos dirigían y utilizaban todos los vehículos... Imagínese, por lo tanto, lo que debió ser aquella pugna, que se libró en la tierra, en el mar y en el aire... La humanidad estuvo a punto de perecer por completo; su fin absoluto llegó a creerse seguro (seguro lo creemos aún)... y a

57

la hora en que yo, uno de los pocos hombres que quedan en el mundo, pienso ante el fonotelerradiógrafo estas líneas, que no sé si concluiré; este relato incoherente, que quizá mañana constituirá un utilísimo pedazo de historia... para los humanizados del porvenir, apenas si moramos sobre el



haz del planeta unos centenares de sobrevivientes, esclavos de nuestro destino, desposeídos ya de todo lo que fue nuestro prestigio, nuestra fuerza y nuestra gloria, incapaces por nuestro escaso número, y a pesar del incalculable poder de nuestro espíritu, de reconquistar el cetro perdido, y llenos del secreto instinto que confirma asaz la conducta cautelosa y enigmática de nuestros vencedores, de que estamos llamados a morir todos, hasta el último, de un modo misterioso, pues que ellos temen que un arbitrio propio de nuestros soberanos recursos mentales nos lleve otra vez, a pesar de nuestro escaso número, al trono de donde hemos sido despeñados... Estaba escrito así... Los autóctonos de Europa desaparecieron ante el vigor latino; desapareció el vigor latino ante el vigor sajón, que se enseñoreó del mundo... y el vigor sajón desapareció ante la invasión eslava; ésta, ante la invasión amarilla, que a su vez fue arrollada por la invasión negra, y así de raza en raza, de hegemonía en hegemonía, de preeminencia en preeminencia, de dominación en dominación, el hombre llegó perfecto y augusto a los límites de la historia... Su misión se cifraba en desaparecer, puesto que ya no era susceptible, por lo absoluto de su perfección, de perfeccionarse más... ¿Quién podía sustituirlo en el imperio del mundo? ¿Qué raza nueva y vigorosa podía reemplazarle en él? Los primeros animales humanizados, a los cuales tocaba su turno en el escenario de los tiempos... Vengan, pues, enhorabuena; a nosotros, llegados a la divina serenidad de los espíritus completos y

definitivos, no nos queda más que morir dulcemente. Humanos son ellos y piadosos serán para matarnos. Después, a su vez, perfeccionados y serenos, morirán para dejar su puesto a nuevas razas que hoy fermentan en el seno oscuro aún de la animalidad inferior, en el misterio de un génesis activo e impenetrable... Todo ello hasta que la vieja llama del sol se extinga suavemente, hasta que su enorme globo, ya oscuro, girando alrededor de una estrella de la constelación de Hércules, sea fecundado por vez primera en el espacio y de su seno inmenso surjan nuevas humanidades... ¡para que todo recomience!

El sexto sentido



LA HUMANIDAD, AMIGO MÍO —dijo el sabio— ha rondado hace siglos alrededor de ese muro invisible que le esconde el futuro, sin acertar jamás a salvarlo, para ver lo que acontece del otro lado, a pesar de su infinita curiosidad. Quizá debe ser así, quizá no debemos quejarnos de esto. ¡Quién sabe si el hombre no está preparado aún para ver las cosas que se encuentran más allá del hoy! ¡Imagínese usted el terror, el desconcierto, el desaliento que se apoderarían de nosotros si vislumbrásemos nuestro destino! ¡Quién tendría ánimos para seguir viviendo! El fantasma de la muerte se erguiría implacable cerrándonos el paso... Caeríamos en la desesperación. Cuando el hombre sea más sabio, más sereno, más fuerte, sus sentidos se afinarán de tal manera, que les será dado ver, por fin, lo que está detrás del muro enigmático... Este muro —continuó el doctor— no es, por lo demás, tan cerrado e impenetrable como se supone. Hay grietas, hendiduras por donde puede uno asomarse y atisbar algo, por donde de hecho se han asomado los profetas, los visionarios, las pitonisas, las sibilas... Lo inconsciente y lo consciente están ligados por un tenue pasadizo... Ciertos seres privilegiados se aventuran en él, y vislumbran con más o menos

certeza las arquitecturas vastas del porvenir, como desde un balcón se presiente el dédalo de calles y palacios de la ciudad en tinieblas...

—¿De suerte, que usted insinúa la posibilidad de que todos veamos el futuro?

—Ya lo creo, y antes de dos siglos, buena parte de la humanidad, los más afinados, lo verán sin duda... Ahora mismo, dados los adelantos admirables de la histología, un Ramón y Cajal... yo mismo, vamos, podría acaso dar a un cerebro, mediante operación relativamente sencilla, esa facultad de percatarse del mañana, de conocerlo, de verlo con la misma visión clara y precisa que se ve el ayer... Esto nada tiene en suma de extraordinario —siguió el doctor, sonriendo de la expresión de asombro que advertía en mi semblante— ¡quién sabe si desplazando ligeramente un lóbulo cerebral, si orientando de diferente modo la circunvolución de Broca, o desviando un haz de nervios, como asienta un perspicaz pensador, se lograría el milagro!... ¿Pero habría hombre que se atreviese a ponerse en nuestras manos para esa operación?

—Sí que lo habría, doctor —exclamé yo con vehemencia—, sí que lo habría, y aquí lo tiene usted a sus órdenes... es decir, aquí me tiene usted.

—¡Cómo!, ¿sería usted capaz?...

—Ya lo creo... ¿Pero usted no sabe que hace muchos años, una curiosidad inmensa, la curiosidad del misterio, me

abrsa las entrañas? Yo no vivo sino para interrogar a la esfinge, rabiosamente... Sólo que la esfinge no me responde...

—Y si sustituye usted su felicidad... su relativa felicidad actual por un infierno, tal como no lo soñó Dante... si va usted a padecer el suplicio inefable de ver acercarse el mal, la desgracia, la catástrofe, con toda claridad y evidencia, sin poder evitarlos... ¿se imagina usted la situación de un pobre hombre que estuviese ligado fuertemente a los rieles de un ferrocarril, y que viese avanzar, implacable, la locomotora, que vendría a triturarlo, a desmenuzarlo, a untarlo sobre la vía sin poder siquiera moverse un ápice, desviarse ni el espesor de un cabello? Pues poco más o menos sería ésa la situación del hombre que viese el porvenir, más espantosa aún por más lenta... Esto, en cuanto a las catástrofes. Las alegrías futuras que con su expectación podrían compensarle de tales horrores, también le atormentarían a su manera; es decir, que nuestro mártir viviría devorado por la impaciencia de la dicha ventura, cuya llegada no le sería dable anticipar... Sería su alma, como la novia que espera una cita con ansiedad inmensa, y que no puede adelantar la hora en el reloj tardo e implacable. Otro motivo y muy grande de cuita consistiría en prever la desaparición de los que amamos. Imagínese usted por un momento que, joven como es usted (veintiocho años apenas ¿no es cierto?) se ha unido por amor, un amor infinito, a la mujer de sus ensoñaciones; que su vida, al lado de ella, es el paraíso por excelencia; y que gracias a la maldita

facultad de ver el futuro, adquirida merced a la operación que yo le haría, empieza a ver a la amada palidecer levemente dentro de un año, dentro de dos o tres, ir languideciendo todos los días sin remedio, y por fin morir en sus brazos... En vano, espantado, se volverá usted hacia el presente, se refugiará temblando en el hoy delicioso, en vano se echará en los brazos de la esposa dilecta; la visión persistirá, porque no es cosa del ensueño ni de la pesadilla, sino la definición precisa del hecho futuro, del hecho existente ya; porque, en realidad, todo: el pasado, el presente y el futuro, existen de una manera simultánea en el mismo plano, en la misma dimensión, sólo que nuestra visión actual está limitada a una zona, como está limitado nuestro oído que no percibe más que cierta amplitud de vibraciones, y nuestro ojo que no ve más que ciertos colores... ¡Eh!, ¿qué piensa usted de ese tormento que le he descrito?

—¡Qué sería inquisitorial, amigo mío; de un horror psicológico superior a todos los cuentos de Poe... pero que no me arredra! El prestigio de la situación es tal, a pesar de la angustia inenarrable que trae aparejada, y tal la novedad del caso, que en mí puede más la curiosidad que el miedo...

—¿Pero habla usted en serio? —exclamó el sabio con un tono de voz que yo no le conocía—. Mire usted que, para la ciencia, sería este experimento de que hablamos de un valor incalculable; mire usted que cambiaría el eje moral e inte-

lectual del mundo; mire usted que el sabio que realizase con éxito este experimento, se volvería casi un dios...

—Pues inténtelo usted, doctor —le repliqué, estremeciéndome sin embargo, a pesar mío—, aquí tiene usted un sujeto decidido, un paciente dócil... Si se logra en mí la mutación, ambos compartiremos la gloria: usted realizando el milagro, y yo, gracias a mi temeridad inmensa, pudiendo decir al mundo sus destinos... Seré un vidente mayor que todos los profetas, un oráculo superior a todos los oráculos; nunca en Delfos se agolparían las multitudes ansiosas como se agolparán a mi puerta, invadidas por el estremecimiento del enigma...

—La ciencia, amigo mío —dijo el doctor, con la misma voz de matiz grave y austero— le deberá a usted más que ha debido a hombre alguno... Pero, francamente, dudo que, llegado el momento, usted tenga el valor...

—Hace usted mal en dudarle, doctor. Yo soy así, temerario, quizá por el deseo inmenso de sensaciones nuevas que maten el espantoso tedio de mi vida, quizá por orgullo, por la vanidad de las situaciones excepcionales... ¡qué sé yo!... Pero jure usted que si por ejemplo se inventase un vehículo para ir a una estrella, y se buscase un hombre capaz de ensayarlo, sería yo ese hombre, aun a sabiendas de que jamás volvería a la Tierra, de que por cualquier error en los cálculos podría quedarme en el espacio, rodando alrededor de un astro, e incapaz de abordarlo...

—Comprendo su estado de ánimo, y veo con inmenso placer que es usted mi hombre. Haremos, pues, un pacto, un gran pacto, único en la historia del mundo, y usted se sujetará a la prueba. Pero antes he de ensayar, no una sino cien veces, esta operación en animales diversos, especialmente en monos y en perros; claro que no van ellos a poder decirme si ven el futuro, pero habrá indicios seguros, aun procediendo de sus cerebros embrionarios, y además lograré saber con certidumbre dos cosas: primera, que la operación es practicable sin peligro alguno de la vida, y segunda, que no trae como consecuencia la locura.

66

—Ensaye usted, doctor, cuanto guste, y así que esté seguro de la pericia y firmeza de su mano, dígamelo, para ir a extenderme sobre la mesa de su clínica, de donde he de levantarme sabiendo tanto como los dioses...

—De acuerdo —exclamó sencillamente el doctor.

Y nos estrechamos la diestra, con la decisión grave y casi teatral de quien sella un compromiso inmenso.



No voy a describir la operación de que fui objeto, los preliminares requeridos, las precauciones sin cuento que la precedieron, el malestar indefinible que la siguió, los días de fiebre y de semiconciencia que pasé extendido en el lecho, las soli-

citades más que piadosas llenas de curiosidad de los que me rodeaban, y el pasmo del doctor y su expresión a la vez de miedo y de triunfo cuando empezó a palpar los resultados de su obra. Algo he de dejar a la imaginación de quien me lea, y dejo este periódico de crepúsculo, de alba mejor dicho, seguro de que la fantasía ajena completará mi historia con más colorido que la descripción propia.

Empezaré por tanto a relatar lo que sentí y vi, en cuanto la primera hebra de lucidez se coló a mi espíritu.

Es claro, que este “vi” se refiere a una visión interior, pero material, ya que estaba por imágenes constituida.

Mi situación era análoga a la de un hombre que se encontrase en la cima de una montaña, y viese desde ella, de una parte el camino recorrido, de la otra el camino por recorrer. Sólo que aquí, esos dos caminos estaban llenos de cosas y figuras, no en movimiento, sino inmóviles, a lo largo de los mismos. Es decir, que mi vida, ante la clara contemplación interior, se hallaba partida en dos porciones por el presente, en dos panoramas, mejor dicho, cada uno de los cuales, sin confusión, sin enredo ninguno, se desarrollaba dentro de una variedad que era unidad y una unidad que era variedad. Imposible expresar esto (y de ello me duelo y me desespero) sino con imágenes inexactas tomadas del diario vivir nuestro, y de la vieja normalidad de las cosas que nos rodean; pero ¡qué remedio, pues que no tenemos ni vocabulario ni imágenes para descripciones de tal manera extraordinarias!

Contentémonos, por tanto, con la mísera deficiencia de los recursos familiares.

68 Los sucesos futuros, las personas en juego en ellos, las cosas a ellos relativas, el escenario en que debían realizarse, todo estaba delante de mí en perspectiva admirable, y la sucesión de los hechos diversos se me revelaba por la reproducción del mismo hecho, con las variantes y las progresiones necesarias. Por ejemplo (esta palabra “por ejemplo”, odiosa traducción de nuestra impotencia para expresar lo inefable, me choca y molesta sobremanera, pero hay que emplearla) veía yo el futuro como se ven las tiras de papel del kinoscopio. Supongamos que se tratase de la caída de un hombre desde un balcón. Primero veía al hombre en el momento de desprenderse, luego desprendido, después agitándose en el aire, en seguida estrellándose en la acera. Imaginemos que se tratase de un derrumbamiento; pues veía, primero la casa en pie, luego agrietándose, después estremeciéndose, al fin desplomándose, como si fuesen, no una, sino varias casas extendidas en estas diversas circunstancias a lo largo de un plano inmenso...

En cuanto a mí, me contemplaba en todos los actos futuros y sucesivos de mi vida; era aquélla una muchedumbre inmensa de yos, pero que por razones que escapan a toda explicación, ni se atropellaban ni confundían, cabiendo todos en el plano ideal de que he hablado. Yo ahora, yo mañana, yo comiendo, yo durmiendo, yo enfermo, yo en plena labor...

y a lo lejos, como envuelto en tenuísima bruma, yo siempre, pero más maduro... más viejo, en unión de hombres y mujeres conocidos y desconocidos, de perspectivas de ciudades, de campos, de habitaciones...

Por último, en una lontananza que no estaba constituida precisamente por la distancia, sino por la muchedumbre de estados, de actos, de situaciones diversas, mi camino expiraba en vaguedades indecibles, y el panorama, sin aquella como teoría inmóvil de seres y de cosas conmigo relacionados, continuaba imborrable, lleno de figuras, de formas varias, de acciones por ejecutarse...

Cosa más peregrina aún: desde el momento en que, extendido en mi lecho, había comenzado a vislumbrar estas perspectivas, estos panoramas, los primeros términos del paisaje interior iban acercándose, como una gran cinta móvil... como un camino poblado de infinidad de fantasmas que viniese hacia mí... Sólo que, observando un poco, bien pronto caí en la cuenta de que aquello era inmóvil, y de que sufría yo ilusión idéntica a la del viajero del tren, que cree que andan los árboles y las casas y que desfilan frente a él. En realidad, me fue fácil darme cuenta en breve de que yo, animado por un movimiento incomprensible, que no se efectuaba a través del espacio sino de una dimensión desconocida, iba hacia toda aquella ordenada muchedumbre de actos, de seres y de cosas disímbolos. Pasaba yo, no al lado, sino como al través de cada uno de ellos; me iba como metiendo fluidicamente

dentro de los yos que estaban escalonados en el camino y ejecutando los actos previstos, los cuales no desaparecían porque yo los ejecutase, sino que sencillamente tomaban diversa posición con respecto a mí mismo, de suerte que ya no me era dable tocarlos, poseerlos, identificármelos, pero sí verlos en perspectiva distinta, que iba en sentido opuesto, hasta llegar en brumosos panoramas a mi infancia y a mi nacimiento...

Lo que más me sorprendía de aquella interior visión era que no me inquietase en lo más mínimo, que me pareciese, por el contrario, no sólo natural, sino consustancial a mí, en sumo grado. Al principio me contenté con divagar a través de las diversas perspectivas, perezosamente, sin interesarme en ninguna sucesión especial de hechos, pero después fui como aclarando mi visión, como desmadejándola y definiéndola, y entonces pude seguir los hilos, no sólo de mi propia vida, sino de muchas ajenas, pues a medida que más insistía en ver, se ampliaban más los planos...

70

Mi asiduidad hizo que mirase en relativamente cercano “devenir” una vida, que suavemente empezaba en no sé qué recodo del futuro a unirse con la vida mía. Era una mujer, era un rostro... era un fantasma, pero lleno de precisión y de prestigio.

Primero, el camino que parecía seguir era paralelo al mío; luego, iba orientándose hacia mi camino; y, por fin, los dos se confundían en uno que ondulaba entre flores... Pero —;oh angustia presentida ya por el sabio, antes de practicar

la operación maravillosa de que había yo sido objeto!— las dos vidas se desunían en determinado punto del sendero, y aquella mujer desaparecía para siempre, dejándome continuar solo el camino...

Cuando comencé a verla en esa zona luminosa de futuro que se extendía ante mi visión interior, estaba todavía lejos. Su infancia transcurría en un sitio delicioso. Era una “villa”, un castillo mejor dicho, rodeado de inmenso parque y enclavado sobre una eminencia que descendía en ondulaciones verdes y suaves, hasta muy cerca de una playa amplísima donde morían cantando las ondas azules y sonoras del mar... ¿de qué mar?

Aquel paisaje, lo mismo podía ser de Biarritz que de Trouville, de Niza que del Mar del Plata... Lo indudable era que yo lo conocía, que había estado alguna vez allí.

Los primeros días de mi convalecencia los pasé con el alma vuelta toda hacia la visión futura, hacia la rapaza adorable, más adorable a medida que más la contemplaba, en aquella como lontananza gris perla, levemente dorada, en que su silueta rítmica parecía moverse.

Y contemplándola pasábame las horas muertas, sin querer ver ya más que a ella y en ella pensar continuamente, esquivando responder a las preguntas curiosas de las enfermeras y del médico que, ansioso de palpar los resultados de su audaz operación, venía muy a menudo a verme.

Todo me era tedioso en el desabrimiento de mi convalecer, menos aquella silueta armónica que, sin presentir siquiera mi existencia, triscaba por los prados y entre los árboles... o presintiéndola quizá... Sí, presintiéndola quizá, porque una tarde dejó el juego y, apartándose de una amiguita suya, fue a sentarse en un poyo sombreado por copudo árbol. Allí quedose pensativa, con la mirada vaga... y de pronto, sus ojos se clavaron en mí. ¿Cómo?, no acertaré a decirlo: aquella mirada era un absurdo, un imposible... pero sus ojos se habían clavado en los míos, segura, indudable, indefectiblemente. Yo sentía derramarse por mi espíritu su mirada, y mis ojos sabían que sus ojos estaban fijos en ellos, y sabían, además, por una sensación como de rechazo fluídico, que los de ella, profundamente azules, recibían a su vez su choque místico... Sí, por algunos instantes, aquella mujer que me estaba destinada, aquella niña que iba a amarme más tarde y yo, nos vimos a través del tiempo, con la misma precisión que si nos separase sólo el alféizar de una ventana florida...

Después, la jovencita volvió a sus juegos, y ya no tornó a ponerse pensativa, y “ya no me vio más en aquel día”...



Al siguiente día, el médico, impaciente y nervioso ante mi silencio, se resolvió por fin a interrogarme de una manera directa, aprovechando la ausencia de los enfermos.

—¿Cómo se siente usted? —me preguntó.

—¡Perfectamente! —le respondí con sequedad.

—¿No sufre usted?

—No sufro.

—¿“Ve” usted...?

—Veo.

—¿Todo?

—Absolutamente todo...

—¿Y experimenta usted alguna sensación desagradable?

—Al contrario...

—Se diría, sin embargo, que me guarda usted rencor...

—De ninguna manera...

—Entonces ¿por qué esquivo usted toda explicación?

—Porque en estos momentos soy feliz, infinitamente feliz con lo que veo, y no quiero apartar de esta visión mi retina interior.

—¿Cuándo me lo dirá usted todo?...

—Más tarde, piense usted que aún vacilo en este dédalo de sensaciones contradictorias, que aún no me oriento. El mundo que se me revela es inmenso, indescriptible... Déjeme usted coordinar mis ideas. Por ahora, bástele saber que ha triunfado usted, que logró cuanto se proponía, que su operación ha tenido un éxito maravilloso, que veo el porvenir, el mío y el de los demás, pero el mío especialmente por la claridad con que contemplo mi pasado... Mas necesito adaptarme a este nuevo plano, a este nuevo universo... y, sobre todo, quiero estar solo con mi fantasma...

—Con su fantasma...

—Sí, doctor, con mi fantasma, con mi adorado fantasma... Estoy enamorado de una ¿cómo llamarle?... de una posibilidad; no, digo mal, estoy enamorado de una imagen, pero de la imagen de una criatura viviente... Estoy... pero no me pregunte usted nada, porque toda explicación profanaría la divina realidad de mi ensueño... Déjeme usted tranquilo, aquí, como me hallo, frente a esta gran ventana que da al jardín de la clínica, y por donde se cuelan hálitos capitosos de primavera. Ordene usted a los enfermeros que no me hablen; dígales que necesito para reponerme mucho silencio y mucha paz... y usted no me interrogue... en nombre de nuestra amistad.

74

Vi en la perplejidad del doctor, que no comprendía (ni cómo había de comprender) mis palabras; pero, a fuer de hombre discreto, accedió sonriendo a lo que le pedía, y me dejó tranquilo. Los enfermeros, por su parte, no me molestaron más. Acercábanse únicamente para alimentarme, y lo hacían en silencio, alejándose en cuanto su presencia dejaba de ser indispensable para este u otros menesteres.

Empezó, pues, para mí, desde entonces, una vida única, paradisiaca. Absorto ante mi futuro, con la misma devoción con que los viejos se engolfan en su pasado, ya no más abría los ojos. El presente me era tedioso, y su desabrimiento parecíame mayor cada día. Mi solo consuelo consistía en sentir que un movimiento inexplicable y misterioso me acercaba a

mi amada. Y a medida que me iba acercando abarcaba, por decirlo así, más porción del camino futuro, y la veía mejor. Podía deliberadamente (y ésta era una de las condiciones más apetecibles de mi actual estado) detener mi mirada interior donde me placía, ya en una, ya en la otra etapa del futuro, de suerte que un día, por ejemplo, complacíame en contemplarla en sus juegos infantiles, en ese límite de oro en que va a acabar el ángel y a empezar la mujer; otras veces iba más hacia delante, allí donde su vida estaba ya muy cerca de la mía, y quedábame en éxtasis ante sus nacientes encantos de moza, ante las insinuaciones suaves y prometedoras de la curva, que después era deleite de los ojos y el sentido. Llegaba hasta la intersección de nuestras vidas, y allí deteníame para no anticiparme y empequeñecer así el máximo goce futuro, no de otra suerte que como cuando leemos un libro interesante, esquivamos hablar con quien lo ha recorrido ya, y aun le suplicamos que no nos revele el desenlace. Sólo, sí, me saturaba el alma del encanto y del perfume de aquella existencia, que aún no aparecía en mi camino, pero que podía ver yo, único entre todos los hombres, gracias a la metamorfosis sorprendente operada en mi sensorio.

Ella, en tanto, seguía marchando inconsciente, risueña y juguetera, hacia la inevitable cita que le había dado el destino para arrojarla a mis brazos. Ajena a todo, sólo de vez en cuando, esa enigmática sensación interior que se llama el presentimiento le agitaba el corazón, y acaso le dibujaba mi

imagen allá en el fondo del alma... Entonces, la ideal criatura suspendía sus juegos como en aquella tarde, y se sentaba pensativa en el banco de piedra, con los ojos clavados en un punto hipotético. Era en ese instante cuando nuestras miradas se encontraban a través del tiempo, produciéndose una turbación arcana, indecible, profunda...

Decir que este “oso” a la quimera de hoy, pero realidad de mañana, que este *flirt* con un futuro de mujer es inexpresable, no es decir nada; afirmar que no hay palabras con que describirlo, es ensuciar, opacar con clichés estúpidos la intangible verdad del ensueño. Yo no creo que ningún dios haya gozado lo que yo gozaba, amando aquello que debía venir; no creo que en vida humana haya habido jamás el delicioso refinamiento de la mía; no imagino que las aventuras raras de la historia hayan tenido nunca la rareza de mi sin par aventura.

76

Era yo como un Tántalo al revés. Complacíame en ansiar el bien que forzosamente debía pertenecerme; en tener sed del agua mística y milagrosa, que sólo para mí se despeñaba ya de las montañas del ideal, y corría sonante y cristalina hacia mi boca... Pero un día, a la beatitud empezó a suceder cierta leve impaciencia... A fuerza de ver y amar a aquella criatura, un vivo anhelo de poseerla, el viejo deseo, padre de la especie, empezó a morder cruelmente mis entrañas. Medía el camino que nos separaba aún, y lo encontraba más largo de lo que ansiaba mi anhelo. La certidumbre absoluta de que

todo esfuerzo sería vano para anticipar los acontecimientos, acrecía mi deseo de posesión, y, al fin, éste se convirtió en una fiebre, lenta primero, furiosa después... Una para mí visible cadena de sucesos, de hechos, de actos, me separaba de mi amada. Nadie en el mundo, ningún arbitrio, ningún conjuro era bastante a hacer más corta esta cadena. Lo que había de suceder sucedería, con la implacable lentitud de su concatenación rigurosa. Yo podía, único hombre sobre el haz de la tierra, ver mi futuro, pero no acercarlo, ni en el espesor de un cabello...

¡Que ella habría de venir hacia mí, era un hecho absoluto; pero que no llegaría sino “a su tiempo” y sazón, era absoluto también!

Tales consideraciones no hicieron más que enardecer mis deseos, que llegaron hasta el paroxismo. Horas enteras pasé llamando a mi intangible niña, que jugaba, se reposaba, soñaba, delante de mí, en una misteriosa aunque distinta lejanía, haciéndole signos que no podía ver... diciéndole ternezas que no podía oír...

—Ven —exclamaba— ven ya, amor mío, salva esas vanas lindes de la infancia, burla como yo la engañaifa del tiempo, rompe los muros invisibles que nos separan, y échate en mis brazos, en mi brazos que te aguardan, que corren, mejor dicho, hacia los tuyos, como dos alas abiertas, y que desesperan de llegar...

Pero la silueta lejana continuaba insensible... ¡Qué medio hostil nos separaba!, ¡qué muro de diamante era aquél, conductor de la luz, cómplice de la visión, pero refractario a toda voz y a todo eco!...

Sin embargo, una noche ¡oh, lo recuerdo!, la niña dormía en actitud angélica, a tiempo que yo decíale las cosas más cálidas y acariciadoras que el amor humano ha podido encontrar en los tesoros del idioma, y de pronto, a un grito mío de ternura, más intenso y delirante que los otros, abrió los ojos, se incorporó inquieta apoyando su cabecita adorable en la diestra, permaneció algunos minutos mirando hacia el futuro, de donde le venían mis voces lejanas, tan insinuantes y poderosas, que habían logrado traspasar el muro aquel, burlar la lógica del tiempo y llegar a su oído de virgen, confusas quizá, pero con fuerzas suficientes para despertarla de su sueño.

78

IV

Al cabo de cierto tiempo, llegó empero mi angustia a ser de tal manera insoportable, que resolví no ver más, hacia aquella zona luminosa en que florecía antes de pertenecerme, la vida que me estaba destinada, y procuré entretenerme viendo venir los hechos inmediatos, examinando los “mañanas de cada hoy”; pero entonces caí en un desaliento grande, porque

todo empezó a perder su interés para mí. Muchas ideas que me parecían importantes, muchas acciones ejecutadas en otro tiempo hasta con énfasis, se perdían con sus consecuencias en un futuro cercano, sin haber servido de nada, sin dejar la menor estela, sin reforzar posibilidad ninguna... ¡Qué pocas cosas, de las que hacemos con tanto afán los hombres, me parecían dignas de haberse ejecutado! ¡Literatos y artistas que habían sacrificado todo al bombo, desaparecidos en absoluto unos cuantos días después de muertos en la memoria de los hombres! ¡Capitalistas que ahora pasaban la pena negra para aumentar en algunas ruedas de oro o en algunas “acciones” su acervo, arruinados mañana y despreciados por aquellos a quienes habían negado todo servicio! ¡Viudas archiconsoladas en breve; señoritos elegantes estafando algunos años después fuertes sumas; toda la miseria y la necedad del hoy comprobada por el mañana implacable!

¡Cuánto desperdicio de hechos, de sucesos, de actos humanos, para obtenerse una mínima consecuencia en el porvenir! ¡Y por lo que respecta a los hombres, cuántos, pero cuántos, absolutamente inútiles! El genio de la especie no aprovechaba en el futuro, de cada millón, más que uno o dos, pero era claro que sin ese millón, el uno o los individuos útiles no podían existir. Se advertían, pues, claros, los designios inmediatos de la naturaleza: producir mucha gente, una densísima masa humana, para durar, a pesar de todo lo aleatorio de la vida, y obtener de esta enorme masa unos

cuantos individuos tipos, de los que sólo se logran merced a innumerables coincidencias y circunstancias felices, y que colaboran con el genio de la especie al mejoramiento y a la grandeza de la misma...

¡Y qué ridícula me parecía la petulante solemnidad de tantos y tantos hombres que conocía yo, siempre pagados de sí mismos, siempre engreídos de su importancia, acumulando empleos y honores vanos, mientras en los confines de la miseria se debatían con todos los horrores y todas las angustias, pulimentando así su espíritu para más tarde, seres que eran la verdadera flor y nata de la humanidad, porque estaban destinados a cepa de semidioses!...

80

¡Cuántos infelices vi despreciados por la pomposa suficiencia de nulidades, dando origen, a través de sólo tres o cuatro generaciones, a inventores sorprendentes, a reformadores admirables, a pastores de pueblos... mientras que los otros, los orgullosos, solían acabar, a través de las mismas generaciones, en un hospital o un manicomio, en las personas de nietos y biznietos epilépticos, paralíticos, imbéciles!...

¡Cuán noble y alta me pareció entonces la justicia, esa justicia distributiva de que antes había yo llegado a dudar! El espíritu humano necesitaba en absoluto el pulimento del dolor. Los cristianos hacían bien en considerar al dolor como la predestinación más alta. No sufrían mucho en la vida sino las almas de diamante destinadas a altos fines, las capaces de soportar el fuego; las almas de lodo, en cambio, eran tan

felices en su epicureísmo como el cerdo: “Epicuri de grege porcum...” Y si los desheredados o los tristes de la vida hubiesen podido ver como yo la grandeza futura de su estirpe, la glorificación de su esfuerzo, la divinización de su dolor actual, la importancia de este dolor para mejorar el mundo, de seguro que todos hubieran caído en éxtasis.

En cuanto a los poderosos de la Tierra, de fijo que al vislumbrar lo que yo vislumbraba, no de la eternidad, sino del simple futuro, de su bienestar, del plato de lentejas por el que trocaban su primogenitura, se habrían apresurado a desprenderse de todo, absolutamente de todo, y a adoptar amorosísimamente la penuria, el abandono, el frío, y la soledad de los genios y de los santos.

La humanidad vivía atada a la Tierra con una cadena de oro y engañada por el oro mismo, presumiendo que sólo dentro de ese torbellino de metal era posible la vida. En un siglo de progreso desigual, en un periodo de mercadería, el hombre iba animalizándose lentamente, sin una brizna ya de energías íntimas para las cosas esenciales, para la contemplación del universo. Y como procuraba pulir y afinar su espíritu para volverlo indestructible, inmortal, sólo su oro le sobrevivía, y eso en manos de otros (¡cuán otros, sí!) de aquellos por quienes había trabajado, penado y sufrido desvelos. Y a poco andar, el oro ya no era nada, ya no valía nada, ni significaba nada. El mundo, llegado a una etapa muy avanzada de su desenvolvimiento, ni memoria tenía de que hubiese existido

la moneda. Y todo el trabajo, toda la fatiga de los siglos, todo el odiar y llorar y anhelar por el oro y para el oro, aparecían entonces inútiles y ridículos, y lo único serio era el pensamiento de los hombres, hecho todo de inmaterial luz y de excelso ensueño...

Resueltas las necesidades primordiales de la especie, ésta se angelizaba a diario: ¡sus carnes mismas, cómo se azulaban y diafanizaban!, ¡y a los sabios del porvenir que, por estudio, retrotraían su pensamiento a las épocas actuales, parecíanles absurdo que hubiese podido vivirse de otro modo! El negocio, que según la feliz expresión de Alfonso Karr, es el dinero de los demás, en muy próximo futuro moría. La equidad se enseñoreaba del mundo mucho más pronto de lo que habían imaginado los pesimistas, porque hay revoluciones que se preparan en los escondrijos del ir y venir cotidiano, y que de pronto estallan en llamarada divina ante la muda estupefacción de las razas.

82

V

En cuanto pude levantarme, el operador no me perdonó ya mi silencio ni mi apartamiento. Puesto que podía yo lozanear como planta que vuelve a la vida, puesto que a mi rostro los colores tornaban y mi pulso latía con firmeza, ya no era justo que él esperase más su gran parte de triunfo, de gloria a que

le hacía acreedor la nunca vista operación en mí practicada con tanto éxito, gracias a su pericia.

No hubo, pues, remedio. Fue preciso ir de aquí para allí: primero a la escuela de medicina, después a otros innumerables centros científicos, donde fui objeto de la más irritante curiosidad, pues aquellos sabios escudriñaban mis impresiones y sensaciones con desplante verdaderamente vejatorio, e iban anotando las respuestas que daba yo a su metódico e indigesto cuestionario, con una minuciosidad insoportable.

Fueron esos días de dura prueba para mí. No me daba punto de reposo, y en la noche volvía tan fatigado a mi rincón, que mi único anhelo era la inconciencia bienhechora del sueño; inconciencia relativa, a decir verdad, pues, en mi nuevo estado, los ensueños tenían extraordinaria y angustiada lucidez.

Naturalmente, mi retrato, mi biografía, mis impresiones, abultadas por *reporters*, el relato nimio de la operación famosa (con proyecciones cinematográficas) y otras lindezas por el estilo, llenaron páginas de revistas y diarios, especialistas o no. El operador crecía en gloria y fama a cada instante. Era el hombre del día en el mundo. Varios yanquis excéntricos le habían telegrafiado pidiéndole que les operase, y él empezaba a tarifar, sin andarse con remilgos, las intervenciones quirúrgicas de nuevo cuño, la “martinización”, como llamaba ya a su procedimiento, pues acaso olvidé decirlos por creerlo dato baladí, que el sabio eminentísimo no se apellidaba más que

Martínez (¡apenas Martínez!, como decía un colega y amigo íntimo suyo, que le odiaba con toda cordialidad desde su descubrimiento).

Pasó empero —¡qué no pasa!— aquel aluvión de publicidad, para mí cuando menos. El anuncio de nuevas operaciones hizo olvidar mi nombre, y yo entonces, sediento de reposo, ansiando con toda el alma encontrarme con mi fantasma, corrí hacia la costa cantábrica, y en una playita ignorada e íntima, donde mi *tête à tête* con el mar tenía que ser casi absoluto, alquilé una villa y me entregué a mí mismo.

“Ella” volvió a aparecérseme con todo el diáfano y sereno encanto de su adolescencia, perfumada y resplandeciente. Y cada día veíala yo más cerca, tal una proyección que va agrandándose y aclarándose en la pantalla, a medida que mejor se la enfoca. Podía ya discernir perfectamente las circunstancias en que debía efectuarse el primer encuentro. Dentro de un periodo de tiempo, difícil de medir, dado que justamente mi visión lo anulaba; en una playa, que no era aquella en que me hallaba a la sazón, pero que acaso no estaba muy lejana, ese servidor del misterio que se llama el azar debía apersonarnos y hacer surgir en nuestros espíritus la eterna ilusión, madre de las razas... (en su espíritu, debiera yo más bien decir, porque yo me había anticipado al destino, merced a una treta milagrosa, y amaba ya a la que iba a venir, como si la tuviese por primera vez entre mis brazos).

Se acercaba, pues, se acercaba... Todos los instantes, como invisibles manos, la empujaban hacia mí...

¡Amar así, qué delicia!... ¡sin miedo al mañana, que indefectiblemente nos ha de traer el bien; al mañana, que a otros les quita y a mí iba a darme; al mañana, que por lo desconocido es para todos amenaza y para mí sólo era esperanza!...

¡Amar así!... Pero ¡oh, miseria nuestra!, ¿por ventura el amor no es planta de tal índole, que sólo puede germinar, crecer, vivir entre el miedo, la angustia, lo imprevisible?...

¿No es tal nuestra idiosincrasia, que dejamos el bien cierto y grande por el bien mediocre e hipotético?

¿Y lo imprevisible, sobre todo, no es el señuelo por excelencia del amor?

Así, pues, aquella dicha cierta, acariciada, detalle a detalle, noche y día, por la facultad nueva, por el sexto sentido nato gracias a la operación famosa, por cierta iba siendo menos dicha... En cambio, tales y cuales males futuros, enfermedades, disgustos, fracasos, y sobre todo la visión de la muerte que, a pesar de mi voluntad, solía surgir precisa en la lontananza, seguida de una zona oscura... muy oscura, empezaban a mortificarme más de la cuenta.

Yo era un dios (¡qué duda cabe, si poseía lo que mortal ninguno poseyó nunca!) pero por lo mismo comenzaba a padecer el espantoso tormento de los dioses: ¡la previsión, en el verdadero, en el estricto sentido de la palabra, la “previsión” que quita toda la vaguedad, todo el encanto, el enigma todo

a las cosas de la vida, y en cambio nos muestra con sus menores detalles el mañana, tal cual es, acabando en la negrura del aniquilamiento; la “previsión”, el más implacable de los males, el más espantoso privilegio de la vida consciente!

Sí, aquella mujer sería mía, e íbamos a amarnos mucho, e íbamos a marchar de la mano por el camino, rodeados de nuestros hijos; pero más allá, un poco más allá estaba la muerte... la inexorable muerte hacia la cual corríamos ella y yo desalados, acezando, con un vértigo de velocidad...

La sociedad de mí mismo, gracias a esta nueva visión de las cosas, a esta nueva aprensión de mi futuro, fuésemme haciendo insoportable a su vez. El mal cierto me atormentaba de antemano; el bien cierto, gracias a la previsión, se me volvía insípido y poco deseable. Y yo que había ido a la playa solitaria a recrearme con mi fantasma, eché a correr una noche de allí, a todo el vapor del expreso, hacia Biarritz, en busca de gente, de trivialidad, de ruido, de aturdimiento, que me despegasen de mi yo, de mi visión, de mi lucidez, de mi insoportable sentido nuevo...

86

Risas, músicas y charlas de casinos, cafés invadidos por multitudes triviales, elegantes y cosmopolitas, bocinear de automóviles, ecos de deportes, eso, eso quería yo, e iba a buscarlo...

He dicho ya —y si no lo dije, bien está que ahora lo exprese— que mi visión del futuro era voluntaria. La operación de mi cerebro, al obtenerla, era análoga al esfuerzo más

o menos leve que hacemos para recordar. Al futuro me asomaba yo, como se asoma uno a la ventana para ver el paisaje. Libre quedaba, pues, de no asomarme, pero así como a pesar de nuestra voluntad y del dominio que tenemos sobre nuestra imaginación, ésta nos impone a veces imágenes obsesas de las que difícilmente nos desembarazamos, así también, con mucho esfuerzo, podía yo esquivar mis visiones del mañana. Sin embargo, desde que llegué a Biarritz, de tal suerte me lancé a la vida mundana, supe meterme en un torbellino tal, que ya ni de día ni de noche torné a la dolorosa o plácida contemplación de lo venidero, y ni siquiera fijé una sola vez los ojos interiores en mi fantasma.

Todos los días jugaba al golf (deporte que fue siempre de mi predilección) acompañado de insulsos pollos, de lo más granado del cosmopolitismo veraniego de la Costa de Plata. Meter una bola en un agujero me resultaba tan calmante como ver correr el agua. Y cierta tarde gloriosa de esas en que el Sol, estriado de bandas de nubes, cae con una pompa incomparable, manchando de rojo la arisca Côte de Basques, el ideal Rocher de la Vierge, el fantástico y gracioso semicírculo de palacios que dominan la Grande Plage, mientras distraído contemplaba a una *miss* recorrer kilómetros con la consabida pelota, vi de pronto venir en mi dirección a una jovencita vestida de blanco, ligera, ágil, sonriente... incomparablemente graciosa.

“Bella creatura di bianco vestita...”

“¡Ella!”

Sí, “Ella”, voceó mi corazón; “Ella”, clamoreó mi alma toda; “Ella”, dijo el ritmo de mi sangre; y mis entrañas gritaron: “¡Ella!”.

¡Al verme se detuvo, pareció vacilar un momento, como si me reconociese, y sonrió... con divina, sí, con divina sonrisa, y yo temblando y ella encendida como el alba, nos tendimos resueltamente la mano, ya para siempre, ante la tarde que moría, ante el mar palpitante que se embozaba en brumas, ante las silenciosas primeras estrellas!



VI

Sí, bien lo sé, vosotras, almas ingenuas, que no dormís tranquilas hasta que no sabéis el desenlace de una novela, que no la juzgáis completa si queda flotando un hilo, almas que cada día sois menos, vosotras querríais que yo os dijese lo que pasó después: nuestras dichas, nuestros éxtasis, nuestras lágrimas, los horrores y las delicias del privilegio tremendo que me había sido otorgado... ¡Pero para qué, amigos míos, para qué! Esta historia no debe tener fin, creédmelo...

Amado Nervo

Esbozo biográfico

CUANDO EL ESCRITOR, periodista y diplomático nayarita Amado Nervo falleció en Montevideo, Uruguay, el 24 de mayo de 1919, era una de las figuras públicas más reconocidas en México y en el extranjero, por lo menos en España y en Latinoamérica. Tenía entonces 49 años de edad y escasos meses de representar al gobierno de Venustiano Carranza en Argentina, Uruguay y Paraguay. En febrero de aquel año había llegado a Buenos Aires con el encargo de que los países suramericanos apoyaran el reconocimiento político y diplomático que Estados Unidos negaban al presidente Carranza. Gracias a su trayectoria de tres décadas como poeta, narrador y cronista, Nervo fue recibido con entusiasmo en las capitales de Argentina y Uruguay. Allá lo apreciaban escritores e intelectuales como Leopoldo Lugones, Alfonsina Storni, Juana de Ibarbourou y José Enrique Rodó, entre otros. Además, Nervo era sumamente popular entre los lectores de diarios y revistas de gran circulación, por ejemplo *La Nación* y *Caras y Caretas* de Buenos Aires, pues desde Madrid enviaba colaboraciones con frecuencia. En esta ciudad española había iniciado su carrera diplomática en 1905; a México no volvió sino hasta mediados de 1918.

El fallecimiento imprevisto de Nervo, por complicaciones renales crónicas, despertó el interés de la prensa nacional y suramericana. Las imágenes de multitudes de lectores y simpatizantes que asistieron a sus honras fúnebres en Montevideo se reprodujeron en las primeras planas de diarios y revistas continentales. Casi de inmediato se reeditaron en diversas capitales latinoamericanas varias de sus obras en prosa y verso; además se realizaron antologías poéticas y semblanzas biográficas. El cuerpo embalsamado de Nervo se trasladó a México, seis meses después de su deceso, en el buque de guerra Uruguay. Durante la trayectoria se sumaron cruceros de diversas nacionalidades americanas y se realizaron ceremonias luctuosas en distintos puertos de América. Finalmente, la comitiva desembarcó en Veracruz el 10 de noviembre. Tres días después arribó a la capital. Carlos Monsiváis aseguró que el de Nervo es el entierro más grande del siglo xx en México, pues unas trescientas mil personas contemplaron el cortejo, cantidad superior a la que asistió a los sepelios de artistas mitológicos como Pedro Infante o Cantinflas. Los restos de Nervo fueron sepultados en la Rotonda de las Personas Ilustres del Panteón de Dolores el 14 de noviembre de 1919.

A principios de 1920, en Madrid, Alfonso Reyes inicia la edición de las primeras *Obras completas* de Nervo en 29 tomos. La segunda compilación, considerablemente ampliada, estuvo a cargo de Alfonso Méndez Plancarte y Francisco González Guerrero en 1952 para la editorial Aguilar.

Actualmente la Universidad Nacional Autónoma de México desarrolla el proyecto de investigación y edición: *Amado Nervo: lecturas de una obra en el tiempo* <<http://www.amadonervo.net>>.

Habla el poeta

NACÍ EN TEPIC, pequeña ciudad de la costa del Pacífico, el 27 de agosto de 1870. Mi apellido es Ruiz de Nervo; mi padre lo modificó, encogiéndolo. Se llamaba Amado y me dio su nombre. Resulté, pues, Amado Nervo, y esto, que parecía seudónimo —así lo creyeron muchos en América— y que en todo caso era raro, me valió, quizá, no poco para mi fortuna literaria. ¡Quién sabe cuál habría sido mi suerte con el Ruiz de Nervo ancestral o si me hubiese llamado Pérez y Pérez!

Empecé a escribir siendo muy niño, y en cierta ocasión, una hermana mía encontró mis versos, hechos a hurtadillas, y los leyó en el comedor a toda la familia reunida. Yo escapé a un rincón. Mi padre frunció el ceño. Y eso fue todo. Un poco más de rigidez y escapo para siempre. Hoy sería, quizá, un hombre práctico. Habría amasado una fortuna con el dinero de los demás, y mi honorabilidad y seriedad me abrirían todos los caminos. Pero mi padre sólo frunció el ceño... Por lo demás, mi madre escribía también versos, y también a hurtadillas. Su sexo y sus grandes dolores la salvaron a tiempo, y murió sin saber si tenía talento: ahora lo habrá descubierto con una sonrisa piadosa...

[...] He hecho innumerables cosas malas en prosa y verso, y algunas buenas; pero sé cuáles son unas y otras. Si

hubiese sido rico, no habría hecho más que las buenas, y acaso hoy sólo se tendría de mí un pequeño libro de arte consciente, libre y altivo. ¡No se pudo! Era preciso vivir en un país donde casi nadie leía libros, y la única forma de difusión estaba constituida por el periódico. De todas las cosas que más me duelen, es ésta la que me duele más; el libro breve y precioso, que la vida no me dejó escribir: el libro libre y único [...].

Madrid, octubre de 1907.

Nota editorial

A PRINCIPIOS DE 1920, en Madrid, Alfonso Reyes inicia la edición de las primeras *Obras completas* de Nervo en 29 tomos. La segunda compilación, considerablemente ampliada, estuvo a cargo de Alfonso Méndez Plancarte y Francisco González Guerrero en 1952 para la editorial Aguilar. Hoy día la Universidad Nacional Autónoma de México desarrolla el proyecto de investigación y edición *Amado Nervo: lecturas de una obra en el tiempo* [<http://www.amadonervo.net>].

Los relatos de esta antología y el texto autobiográfico del apéndice proceden de tres volúmenes en preparación de las *Obras* de Amado Nervo que edita el Instituto de Investigaciones Filológicas de la UNAM. En diversos formatos y editoriales podrás leer otras de sus múltiples historias:

- *El castillo de lo inconsciente. Antología de literatura fantástica*. Selección, estudio preliminar y notas de José Ricardo Chaves. México: CNCA, 2000.
- *La última guerra. Cuentos y poemas de ciencia ficción*. Selección de Miguel Ángel Fernández, prólogo de H. Pascal. México: Goliardos, 2000. En [<http://revistareplicable.com/la-maquinaria-ludica-de-amado-nervo/>]. Consultado el 13 de marzo de 2014.

- *El ángel caído y otros relatos*. Selección y prólogo de Vicente Leñero. México: Editores Mexicanos Unidos, 2005.
- *El libro que la vida no me dejó escribir. Una antología general*. México: FCE / Fundación para las Letras Mexicanas / UNAM, 2006.
- *Tres estancias narrativas (1890-1899)*. México: UNAM / Oceano / Conaculta, 2006.
- *Narrativa en fuga. Amado Nervo: lecturas de una obra en el tiempo*. En: [www.amadonervo.net]. Consultado: 13 de marzo de 2014.
- *Mencia y El sexto sentido. Portal La novela corta: una biblioteca virtual*. En: [http://www.lanovelacorta.com]. Consultado el 13 de marzo de 2014.

Índice

Presentación	7
Fotografía espírita	17
De la corrección que debemos observar en nuestra actitud para con los fantasmas	21
El país en que la lluvia era luminosa	27
Ellos	33
Los congelados	39
La última guerra	45
El sexto sentido	61
Amado Nervo. Esbozo biográfico	91
Habla el poeta	95
Nota editorial	97

CUIDADO DE LA EDICIÓN: Stella Cuéllar
COORDINACIÓN DE ILUSTRACIÓN: Mercedes Flores Reyna
COMPOSICIÓN TIPOGRÁFICA: María Guadalupe Martínez Gil
DISEÑO DE PORTADA: Itzel Nájera Luna
ILUSTRACIONES: Elba Lorena Sosa Coronel

**El sexto sentido y
otras historias extraordinarias,**

editado por el Instituto de Investigaciones Filológicas,
siendo jefa del Departamento de Publicaciones
Carolina Olivares Chávez, se terminó de imprimir
el 19 de junio de 2015 en los talleres de
Desarrollo Gráfico Editorial, S. A. de C. V.,
ubicados en Municipio Libre 175,
colonia Portales, Delegación Benito Juárez,
México, D. F., C. P. 03300

Tipografía: Adobe Garamond Pro
de 11:15 puntos y Mr Eaves Sans OT
de 17 puntos.

La edición consta de 1 000 ejemplares
impresos en papel Bond blanco de 120 gramos
mediante el sistema de impresión offset.

